

citados por los agentes extranjeros que pululaban en la Nueva España, empezaron a gritar "mueran los gachupines". Esto era lo que querían los imperialistas rivales del español, la desintegración nacional, el desquiciamiento que tendría que venir desatando en las Colonias una guerra de castas.

Gachupines eran del todo o en parte, por lo menos, cuatro de los seis millones de la población. No había mexicano que no tuviese una parte de sangre española. No es de extrañar, entonces, que el grito maldecido de la plebe que seguía a los insurgentes provocase una reacción indignada en la parte consciente del pueblo. El explica la afirmación de Calleja: Son mexicanos y tan buenos mexicanos como los insurgentes los que forman mi ejército. Y era verdad. Eran mejores mexicanos porque no dudaban renegando de su sangre, no se habían dejado arrastrar por una llamarada que sólo dejaba detrás de sí cenizas.

Comienza Hidalgo su inoportuno movimiento al mismo tiempo que la gestión de un Virrey probó que había sido nombrado por la Regencia instituida por las Cortes de Cádiz. No procedía su autoridad de la casa aborrecida de los Borbones. En cambio, el buen cura andaba trasnochado gritando: "¡Viva Fernando Séptimo!"

La confusión no podía ser mayor. Era, sin embargo, tan grande el anhelo de libertad y es tan tentador y tan peligroso eso de soliviantar a una clase contra otra, que bastó que se dieran los primeros casos de saqueo y destrucción de propiedades de españoles, que eran los ricos, para que multitud de desarrapados y no pocos indios se pusiesen a las órdenes del cura Hidalgo y de sus capitanes. El grito de Hidalgo era el comienzo de la serie de gritos fatídicos del desastre nacional. Medio siglo más tarde la Reforma acuñaría otro grito: "mueran los curros, viva la chinaca, la plebe", lo que aprovecharon los juaristas para destruir lo que llamaron la reacción, es decir, los mexicanos con propiedades, y a fin de que no quedasen sino extranjeros de propietarios. El grito de Hidalgo es también idéntico al "mueran los burgueses" del seudorevolucionarismo contemporáneo que también se cuida de exceptuar de sus ataques a los burgueses extranjeros. Por lo que, en resumen, se ve que con Hidalgo se inicia una serie de luchas en las que no se ha conseguido sino destruir

la labor de las generaciones a cambio de cambiar unos ricos por otros, siempre con ventaja para el capitalista extranjero.

Apoderándose fácilmente del pueblo de Dolores, se dirigió en seguida Hidalgo a Guanajuato acompañado de una multitud que aumentaba a cada paso. En Guanajuato, después de lucha sangrienta, la plaza cayó en poder de la chusma; el saqueo, el incendio, los abusos consumados después del combate, horrorizaron como no lo hubiera hecho una ocupación extranjera.

Salvo los que se unían directamente al Caudillo la sublevación de Hidalgo no tuvo eco en el país. Con su lentitud acostumbrada el gobierno colonial preparó sus elementos para combatir a los alzados y destruirlos.

El país se vió dividido, observa Alamán, en dos bandos. De un lado la masa del pueblo fuertemente movida por un poderoso aunque bastardo interés, y por el otro un corto número de soldados, los coloniales, y todos los europeos con el alto clero; el bajo clero estaba con el pueblo.

Pero ¿qué puede ser de un pueblo que no posee cabezas o cuyas cabezas no difieren del sentir general equivocado del momento?

Después de ocupar a Valladolid y Guadalajara, Hidalgo, con cerca de cien mil hombres, acompañado de Allende, se acercó a la capital. Tropas del Virrey a las órdenes de Trujillo fueron derrotadas en las Cruces. Desperdiciando una victoria que le permitía apoderarse de la Metrópoli, Hidalgo vaciló, no hallaba qué hacer. Y Allende no lograba imponerse.

El Virrey, entretanto, organizó nuevo ejército que puso a las órdenes de don Félix María Calleja, general realista. En las llanuras de Aculco, al noroeste de la capital, esperó Calleja con diez mil hombres a los cien mil que traía Hidalgo. Eran éstos una chusma pobremente armada, compuesta en su mayor parte de indios, y Calleja logró destrozarlos. Pero tampoco supo usar su victoria. Fué cruel con los vencidos, fusiló prisioneros; se olvidó de que descendía de Cortés y usó procedimientos dignos de los aztecas. Contribuyó a que el odio contra los españoles se hiciese más intenso.

Deshecho en Aculco, regresó Hidalgo a Guadalajara seguido de lejos por Calleja. En el campo de Hidalgo no había orden,

ni se tomaban las medidas necesarias de fortificación y defensa. Por su parte, Calleja era un gran soldado y no daba un paso sin proteger su retaguardia. En el puente de Calderón, próximo a Guadalajara, se produjo el segundo choque de los realistas con los de Hidalgo. Se dió esta acción el 17 de enero de 1811 y fué más sangrienta que la de Aculco. A dieciocho mil se hace ascender el número de los muertos. La derrota insurgente fué total. Desde ese momento ya Hidalgo no pensó sino en la huída. Mientras se dirigía al Norte fué aprehendido, en las cercanías de Monclova. De allí se le condujo a Chihuahua, donde fué ajusticiado, tras de retractarse públicamente de toda su empresa.

Al desaparecer Hidalgo, quedó don Ignacio Rayón de jefe del movimiento. Y no descansó Rayón haciendo propaganda por el interior del país y alimentando la guerrilla. Las montañas de Michoacán y el pueblo de Zitácuaro fueron durante algún tiempo el refugio de los patriotas.

A su paso por Michoacán, Hidalgo había recibido la adhesión del cura don José María Morelos, su antiguo discípulo en el seminario de Valladolid. Morelos era de padres españoles. No tenía gran ilustración. Las ideas sobre su movimiento eran las que le comunicó Hidalgo, que las tenía confusas. Hidalgo veía con desagrado la matanza inmotivada de los españoles. Morelos, menos culto, se contagió más fácilmente de la irritación de los mestizos y los indios contra el español. Al lado de Morelos los agentes norteamericanos ganaron considerable influencia. A uno de estos agentes, según refiere Alamán, lo fusiló Calleja. Pero no antes de que hubiese presenciado con satisfacción las hecatombes de prisioneros españoles que consumaba Morelos. La destrucción de los españoles era necesaria para destruir el país. Los indios se hallaban en la ignorancia y sometidos a una cruel explotación; los mestizos eran pobres faltos de energía, vivaces nada más, pero infecundos. Los criollos, según Alamán, eran desidiaosos y descuidados, de "ingenio agudo" pero "pocas veces acompañaban el juicio de la reflexión, prontos para emprender y poco prevenidos en los medios de ejecutar, entregándose con ardor al presente y preocupándose poco de lo venidero"...

Es evidente, pues, que una población española de América, en prosperidad y opulencia, nos habría ayudado a defendernos a

nosotros de nuevas conquistas. Necesitábamos una refacción continua de españoles europeos que venían a formar familias nuevas, a medida que las formadas por sus predecesores caían en la desidia o en la indigencia.

Este a *b c* de la sociología nacional no lo sospecharon los héroes de la independencia ni los teóricos de la época. El afán de botín impulsaba a las multitudes contra el español, porque siempre el que no tiene odia al que tiene y el que no trabaja, procura arrebatarse su porción al que trabaja. La observación de Alamán se puede hacer extensiva a los Estados Unidos; toda sociedad nueva necesita el refuerzo de la savia afín. Los Estados Unidos habrían degenerado en vez de prosperar si, como nosotros, se dedican a perseguir ingleses. Al contrario, la política yankee ha sido de favorecer a la inmigración de ingleses y nórdicos de todas las razas afines de las suyas. Y el poderío de la Argentina y del Brasil se debe a que siguieron recibiendo españoles y portugueses respectivamente, por la misma época en que nosotros matábamos y expulsábamos españoles. Era una sangría de nuestra aristocracia étnica la que consumaban los "patriotas" dirigidos por agentes de los que querían expulsar a España del Nuevo Mundo para usufructuar sus territorios por encima de las subcastas que formaban los mexicanos. Y estábamos demostrando ser una subcasta, puesto que nuestros patricios, faltos de programa propio, se dejaban dirigir al oído, por los hábiles directores de la tendencia imperialista nueva que nos penetraba.

LA CAMPAÑA DE MORELOS

Era Morelos de cuerpo pequeño, lleno de carnes, el rostro algo moreno, los ojos ocultos, la ceja muy poblada; de aspecto grave, tal vez sañudo. Su porte era modesto y reservado y en sus resoluciones mostraba astucia y penetración. Se le había dado el encargo de organizar fuerzas para apoderarse de Acapulco y la costa michoacana del Pacífico.

Dirigía el movimiento insurreccional la Junta de Zitácuaro creada por Rayón para la conservación de los derechos de Fernando Séptimo y "defensa de la religión y libertad de la patria".

De suerte que seguían los insurgentes peleando por el despotismo que representaba Fernando Séptimo, en tanto que Calleja y el Virrey defendían el gobierno liberal de las Cortes de Cádiz que acababa de dar al reino una Constitución avanzadísima. Con motivo de la promulgación de esta Constitución de 1812, se habían celebrado en México festejos entusiastas. Nadie se acordaba ya de Hidalgo y del movimiento insurreccional. La nueva Constitución garantizaba los derechos del hombre y la libertad de la patria. Hubiera salido sobrando la rebelión si la Constitución perdura.

Si Fernando Séptimo no regresa a España a gobernar a la antigua, no se hubiese consumado la Independencia. El país se hubiese conformado con la libertad. Pero la impulsión extranjera exigía la lucha.

La carrera de Morelos fué un meteoro. Empezó con un puñado de hombres y en menos de tres meses se presentó frente a Acapulco acompañado de los Galeana y un ejército de tres mil combatientes que puso cerco a la plaza. El Virrey movió fuertes contingentes contra el nuevo peligro. Derrotado a la postre Morelos frente a Acapulco, se dirigió a Tixtla donde se le unieron los hermanos Bravo. En aquella región de la costa hay muchos negros. Los agentes norteamericanos que acompañaban a Morelos pensaron que era llegado su momento. Así como habían insurreccionado a las tropas de Morelos contra los españoles, en Guerrero provocaron una sublevación de los negros contra los mexicanos. La sublevación se produjo en forma grave teniendo Morelos que hacer un esfuerzo para sofocarla. Fusiló a los culpables, pero siguieron a su lado agentes que le prometían ayuda de parque y armas procedentes de los Estados Unidos, pero a cambio de concesiones territoriales. La imagen de Texas era obsesión en la mente de los estadistas de Norteamérica, todos expansionistas en aquella época, y Texas, para Morelos que no tenía visión mundial, era un desierto bueno apenas para indios salvajes. ¿Por qué no consumir el canje de Texas a cambio de armas para matar gachupines? ¡El plan angloamericano triunfaba!

Y lo más dramático de este momento de la vida nacional era que Calleja, el jefe realista que no tenía a su lado agentes yan-

kees sino mexicanos leales, se preocupaba por el auge que a causa de la guerra de Independencia tomaba otra vez el corsarismo en las costas del Golfo.

Se enteraba Calleja con angustia de los informes de Onís, el Cónsul español de la Luisiana y de los designios de Norteamérica sobre Texas, y se dolía de no poner mandar unos cuantos miles de hombres contra la Luisiana.

Sin la guerra que acaudillaba Morelos, Calleja se habría dirigido a Texas, habría creado toda una cadena de fuertes y un grupo de poblaciones y establecimientos de gente traída de España para contener el avance de los filibusteros y los colonos que empezaban a introducirse por la mal protegida frontera.

Y se preguntará todo lector que no tenga la mente oscurecida por el prejuicio: ¿En dónde estaba el patriotismo más alto, en el cruel español Calleja o en el equivocado Morelos? Dije cruel a propósito de Calleja; lo fué y eso lo perdió; pero también fué cruel Morelos. A crueldad nadie quería quedarse atrás en aquella guerra salvaje.

Tan cruel que Pérez Verdía, a quien nadie acusa de pasión, dice de Morelos: "A don Mariano García Ríos y a sus vencidos oficiales, después de la toma de Taxco, Morelos los hizo fusilar, faltando a lo pactado y a los sentimientos del honor, con el pretexto frívolo de que Galeana no había podido comprometerse a nada sin su aprobación".

Si sobre estos hechos y otros parecidos no hay la menor duda; si no puede ser Morelos un modelo, ni como militar ni como patriota ni como caballero, ¿por qué esas glorificaciones ilimitadas? Levantar a la más alta cumbre de la fama patriótica a quien padece tales lacras, resta autoridad para exigir de los funcionarios y caudillos del día, las virtudes elementales del hombre de honor. Pues ¿cómo vamos a pedir al funcionario común lo que no se exige del héroe? Por otra parte no hay nada más triste que un pueblo que ni la historia la tiene limpia. El mantenerla sucia, no es culpa de los personajes que en ella figuran, sino de la caterva de inteligencias alquiladas a los más viles poderes de cada instante, y que repiten leyendas y otorgan consagraciones irreflexivas o perniciosamente motivadas, a menudo con el propósito de encubrir y justificar los crímenes del presente.

Contrasta con la crueldad de Morelos el proceder ajustado a las leyes de la guerra de don Nicolás Bravo al ordenar la libertad de trescientos prisioneros españoles que Morelos le ordenaba ejecutar en revancha de la ejecución del padre de los Bravo. Don Nicolás con su perdón, respondió a su sangre española y a la vez sentó el primer ejemplo público de la caballerosidad mexicana que ojalá algún día triunfe sobre la tradición miserable de las ejecuciones de los desarmados.

Después de una serie de victorias en Guerrero, Morelos pasó a Veracruz. Atacó a Jalapa y fué rechazado, pero pudo apoderarse de Orizaba donde se hizo de elementos. De Orizaba, rechazado en las cumbres de Aculcingo, cayó sobre Oaxaca que tomó, manchando, dice Pérez Verdía, su triunfo con inútiles e injustos excesos y fusilamientos y tolerando el saqueo de la ciudad.

Poco después de que Morelos se apoderó de Oaxaca, tomó posesión como Virrey don Félix María Calleja, el 13 de febrero de 1813.

Dirigiéndose de nuevo a la costa, el 14 de septiembre de 1813 dejó instalado Morelos en Chilpancingo el Primer Congreso nacional, cuyos diputados y directores fueron don Ignacio López Rayón, don José Sixto Verduzco, don Andrés Quintana Roo, y Bustamante, la futura calamidad. Al Congreso entregó Morelos sus facultades. Y es de todos reconocido que esta inútil entrega del mando puramente militar, perjudicó mucho a Morelos en sus campañas posteriores. Todas sus campañas, por otra parte, se reducen a episodios brillantes que nunca pudieron asegurarle el triunfo.

El Congreso recién formado dió un decreto que es considerado como la verdadera declaración de la Independencia mexicana. Afirma que el país "recobra el ejercicio de su soberanía usurpada". Esta palabra debe haberla insertado alguno de los agentes del imperialismo inglés; ella iba directamente contra toda la obra de los tres siglos de la Colonia. Y era un disparate, pues ¿cómo podían juzgarse, Rayón criollo, Quintana Roo criollo y Morelos mestizo, los rescatadores de Moctezuma? En todo caso eran también una porción de la raza usurpadora. Declaraban

asimismo quedar "rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español".

Proclamada así la Independencia y elegido Morelos Capitán General, sucedió que en Puruarán fué derrotado y privado de su brazo derecho, el cura Matamoros, por Iturbide, Coronel realista que peleaba a las órdenes de Calleja y que más tarde, cuando resultó "Libertador" se excusaba de haber batido a los insurgentes por el género de guerra de exterminio y de odio que éstos llevaban adelante.

Desde la muerte de Matamoros, Morelos ya no levantó cabeza. Se retiró a Acapulco, donde hizo matar prisioneros en holocausto azteca, para aplacar el enojo que le causaba la pérdida de Matamoros.

En mayo de 1814 se supo en México la vuelta al poder de Fernando Séptimo, y el cinco de agosto se recibió el decreto que derogaba la Constitución de Cádiz de 1812. El absolutismo volvía a apoderarse de España. Los españoles y los criollos, todos leales a España, se quedaban sin bandera. Pues no era lo mismo batirse por la Constitución de Cádiz, hecha en parte por mexicanos, que batirse por el vil Borbón. Fué ese el momento en que debió producirse una insurrección general. Nada de esto hubo; apenas si los insurgentes ya lanzados, recibieron un impulso moral y teórico. El 22 de octubre de 1814, reunido el Congreso en Apatzingán, promulgó una Constitución que era réplica de la Constitución de Cádiz, que de perdurar pudo unir a los pueblos americanos con España.

Y ocurrió en seguida una de esas contradicciones tan comunes en la historia de nuestro pueblo y que sólo se explican porque ha carecido de jefes con visión política y no nos ha gobernado nunca la inteligencia, sino el impulsivismo de caudillos ignorantes e irresponsables. ¡Con el advenimiento al trono de Fernando Séptimo, coincide que la revolución en México se extingue! Al grito de "Viva Fernando Séptimo" se habían levantado Hidalgo, Allende, Rayón, aun Morelos... Ahora que había causa porque se abolía la Constitución de Cádiz, porque a falta de Cádiz quedaba como bandera la Constitución de Apatzingán, el pobre pueblo, masa de siervos dirigida por tuerfos, se entregó de nuevo a la apatía de su desidia secular. ¡Dejó fusilar a Mo-

relos como había dejado fusilar a Hidalgo! En efecto, reducidos sus contingentes por una serie de derrotas, Morelos cayó prisionero en Tamaslaca, mientras protegía al Congreso que logró ponerse a salvo, para disolverse después.

Tras de la degradación y de la retractación respectivas, Morelos murió ejecutado el 22 de diciembre de 1815.

Calleja había triunfado. El gobierno virreinal, sin tomar lección de lo ocurrido, volvió a su rutina. Sin las campañas militares formidables que en el sur desarrollaban Bolívar, Sucre y San Martín, no habría habido Independencia mexicana. ¡Y mucho mejor hubiera sido retardarse cincuenta años, hasta dejar consolidada nuestra posición en California y Texas!

EL CULTO DE LA DERROTA

La figura de Morelos nos sugiere algunas reflexiones que no creemos conveniente dejar en el tintero. Aparte de sus méritos como iniciador y mártir de una idea que triunfó, en apariencia, se considera generalmente a Morelos como el tipo del soldado, el modelo que se ofrece a las sucesivas generaciones marciales de México. Deberemos, por lo mismo, juzgarlo como militar brevemente.

El énfasis y la exageración, la oratoria y la propaganda oficial han hecho de las batallas de Morelos algo casi excelso. Es verdad que Morelos hizo más que Hidalgo, pero Hidalgo no había hecho nada. Y lo que ninguna ciencia militar desconoce es que el objeto de la guerra es triunfar. La calidad del soldado se mide por su eficacia lo mismo que la de cualquiera otro profesional, pues no se va a la guerra para morir con gloria o sin ella, sino para triunfar y con el triunfo poner a salvo los intereses confiados al ejército. A nadie le importa un ejército que muere heroicamente, si esa muerte no ayuda a la victoria final de la causa. El episodio de las Termópilas no lo recordaría nadie si no hubiese sido un antecedente de la derrota final de los persas. En todo caso, para el militar, la victoria es un deber. A la guerra se va a triunfar; se va a destruir al enemigo, no a hacerse mártir. De allí que en todo el mundo, las derrotas se olvidan, así sean gloriosas.

Ningún reparo opongo a que Morelos sea venerado como mártir, pero sí es muy grave que se le tome en cuenta como general y, peor aún, como gran general. Aceptar como gran general a un vencido, ofrece el peligro de que los generales del futuro que lo tomen como maestro se conformen con pelzar, se conformen con saquear, pero no se preocupen de vencer. Y esto es precisamente lo que nos ha ocurrido con frecuencia. Si nuestro héroe máximo es un derrotado, un mártir, más bien que un Rolando, no es extraño que todo nuestro Panteón Nacional se haya formado también con una serie de mártires: los mártires de Chapultepec, los mártires de Tacubaya; el martirio de Cuauhtémoc; como si la milicia tuviera por objeto preparar a sus hijos para que sean víctimas, lo que es oficio de la santidad, no de la milicia. El miliciano debe exigirse a sí mismo la victoria; en su carrera; la muerte y el sacrificio son un azar, no un objeto.

¿Hasta qué punto la circunstancia de que nos hemos dedicado a adorar fracasados influye en el temperamento nacional pesimista y en la insistencia con que hablamos de "morir por la patria", cuando lo que necesitan las patrias es que nadie muera, sino que todos vivan en plenitud y libertad? Aparte de que está condenado un ejército que antes de la pelea ya habla de morir; ese lenguaje se queda para las monjas y los monjes que voluntariamente han renunciado al mundo. En un soldado hablar de morir, ya es felonía, ya supone que sólo va a la trinchera a dejarse matar, cuando su deber es evitar que lo maten matando al enemigo de la patria. De lo contrario, en torno al culto de la derrota, se desarrolla también una corrupción del significado de la gloria que entre nosotros parece estar ligado siempre a los fracasos más sombríos.

Al contrario, la gloria en los pueblos normales posee un contenido vital que se liga íntimamente con la fuerza y la alegría.

Donde hay recuerdos de hecatombe, no hay gloria, hay sombra. Y este es otro de los aspectos en que el culto irreflexivo del holocausto nos ha hecho daño. La acción marcial más notable de Morelos, el sitio de Cuautla, pese a sus rasgos brillantes, no dió frutos, no creó victorias. En cambio, sus métodos después de cada combate dejan un rastro que se perpetúa, se

renueva en nuestra historia llenándola de lúgubre fango. Me refiero a la salvaje, a la sañuda reviviscencia azteca que obligaba a Morelos a matar gente después de la acción, unas veces porque ganaba, otras veces porque perdía. Los historiadores tímidamente le han reprochado a Morelos esta innecesaria, esta dañina crueldad, pero como subsiste la apoteosis, resulta que cada general se cree autorizado para asesinar prisioneros, fundado en un precedente de que hemos hecho religión casi. Y se ha creado así una tradición vergonzosa que no conduce a la victoria, sino al fracaso. Al fracaso condujo a Morelos mismo su práctica de fusilamientos en masa que en unos creó rencor y a otros los llevó a desertar de sus filas. Se vió entonces obligado Morelos a reclutar su ejército entre la porción más baja de pueblo; entre indios analfabetos y negros de la costa. Y de esta suerte inició otra de las calamidades nacionales: la periódica amenaza de los ejércitos de mercenarios nativos, de soldados bárbaros que no tienen simpatía por la población que combaten y se convierten en peores verdugos que las tropas de un ejército extranjero.

La semilla de todas las más funestas revoluciones se sembró, en consecuencia, en la guerra de Independencia que levantaba la más baja plebe contra todo el que tenía algo, contra todo lo que representaba adelanto, un comienzo de civilización. Acaso sin el precedente de Morelos, o por lo menos, sin la glorificación que hemos hecho de Morelos, no estaría nuestra historia militar ensombrecida con tanta derrota sin generosidad, con tanta victoria manchada de asesinatos. La debilidad de la historia que no osa enfrentarse a los mitos populares tiene en parte la culpa de que se perpetúen todas estas prácticas que ya es tiempo de juzgar severamente. Ante la historia no hay más criterio que el de la justicia absoluta y nadie es ante ella grande sino por la lealtad con que ha servido los valores eternos del bien. Un concepto erróneo de lo que es virtud cívica, de lo que es el heroísmo, no sólo oscurece el juicio de los pueblos; también les impide seguir adelante y vivir con honor.

Limpia el pasado es la única garantía de un presente honesto y decoroso, de un futuro redimido.

Se me dirá que entonces ¿a quién vamos a presentar como modelo de las generaciones jóvenes? Y contesto que si a nadie

tuviésemos digno de alabanza y pleitesía, mucho mejor sería reconocerlo que adorar personajes turbios. En el caso especial de los militares, a cualquiera se le ocurre la solución. ¿Acaso no fué México formado, construído casi, por uno de los primeros capitanes de la historia? ¿Qué mejor modelo para un soldado mexicano que el de Hernán Cortés? La infame propaganda que se ha hecho contra todo lo que es valor nuestro, presenta a Cortés como un monstruo, y, sin embargo, nunca ordenó ejecuciones de prisioneros, siempre alivió la suerte del cautivo con una sonrisa de amistad, y fué siempre leal a esas amistades. Y triunfó porque supo cumplir el deber del soldado que es combinar la fuerza con la benevolencia. A tal punto que si Morelos, en vez de tomar de ejemplo la tradición azteca de las hecatombes post batalla, se acuerda de Cortés y se muestra generoso, entonces la clase media, los criollos, aun los españoles, se hubieran sumado a sus filas y en vez de un mártir, tendríamos en él a un verdadero general, es decir, a un victorioso.

Nadie recuerda en México a Cortés como capitán y maestro de táctica; sin embargo, léanse los relatos del sitio de México cuando la conquista yankee del cuarenta y siete. En la mente de todos los soldados de Norteamérica, el recuerdo de Cortés era una obsesión. Otra vez, aunque con menos gloria que en tiempos de Cuauhtémoc, un puñado de hombres sitiaba una ciudad de doscientos mil o más habitantes. Y tranquilamente aquella ciudad entregada al rufián más cínico que ha producido la historia, al Santa Anna de siempre, dejó sacrificar impasible a los cadetes que pelearon y salvaron su propio honor, no el de la masa santanizada que los miró igual que se contempla un espectáculo indiferente. Los capitanes de Santa Anna se habían olvidado de Cortés. Los yankees, en cambio, seguían la lección de Don Hernando. La lección de todo buen soldado, que es triunfar. En seguida, el buen capitán sabe que el triunfo perdurable sólo corresponde al que sabe templar la victoria con la magnanimidad. Cortés fué en eso, capitán de capitanes. Morelos no supo lo que debe saber un buen soldado; no supo de magnanimidades; por eso la victoria se le esfumaba como ilusión que no está en nuestra mano captar.

¡Cortés, primer maestro de todas nuestras academias militares! ¡Qué adelanto sería ese para nuestra milicia! Y con Cortés a la cabeza, la serie ilustre de los que han peleado para salvar nuestra raza, nuestra forma nacional de vida, nuestra autonomía profunda; los que defendieron nuestros puertos de los asaltos corsarios, los que salvando regiones enteras de la América española, de la codicia inglesa, nos han librado de quedar reducidos a mayor impotencia que la actual: Liniers y Pueyrredón y Alzaga, que salvaron a Buenos Aires; de Lesso, que salvó a Cartagena; Mora, el costarricense, que derrotó a Walker y evitó que Centro América quedase convertida en otra Texas, que sería amenaza grave para nuestro territorio... Hay en el Continente bravos soldados que ofrecer de modelo a nuestra juventud guerrera. ¡Soldados de la victoria!

Y la victoria en la causa única grande, la defensa de la latitud del Continente.

En todo caso, yo termino el presente capítulo afirmando: Es muy peligroso educar al militar en el culto de la derrota. El deber del militar es la victoria.

EL VIRREY APODACA, PACIFICADOR

Tan reducida y aniquilada quedó la rebelión después de la muerte de Morelos, que Calleja fué llamado a España para recibir el premio de un título: "Conde de Calderón", por la batalla en que deshizo a Hidalgo. En sustitución de Calleja fué al gobierno de la Nueva España un hombre honesto y clemente: D. Juan Ruiz de Apodaca. Muchos insurgentes se indultaron. Se volvió a poner atención al riesgo que corrían las provincias del Norte con el avance sistemático de los Estados Unidos y se adoptó la medida bien aconsejada de abrir de nuevo las puertas del país a los jesuitas. Sólo ellos podían continuar la obra de consolidación y penetración de las zonas en riesgo de ser ocupadas por el enemigo.

El país no pensaba ya en Independencia, ni en guerra intestina, sino en dar impulso a sus recursos, suficientes para asegurar el poderío de muchas generaciones. Pero afuera del país se seguían moviendo las influencias empeñadas en destruirnos.

La táctica inglesa era valerse de los derrotados, los expulsos para instigarlos al retorno a la lucha. Así como Bolívar, derrotado una y otra vez, hallaba siempre a mano recursos para intentonas nuevas, también entre los que en España se seguían oponiendo al despotismo, representado por Fernando Séptimo, hacía propaganda el Almirantazgo británico. Una de las conquistas personales más eficaces del "Intelligence Service" inglés fué la de D. Francisco Javier Mina, guerrillero de mediana actuación durante la guerra napoleónica de España. En su libro "Mina el Mozo", D. Martín Luis Guzmán nos muestra al joven patriota completamente desprovisto de luces. A tal punto, que toda su ilustración iba a debérsela al enemigo o sea a los agentes franceses, rivales de España que, estando Mina en prisión en París, lo aleccionaron en el mito de la libertad de todos los pueblos, la fraternidad que sólo favorece a los fuertes; en suma, lo convirtieron en agente del imperialismo más poderoso del momento, que era el inglés. Más de un año pasa Mina en Londres, bien pagado por el Almirantazgo. De allí se le traslada a Estados Unidos. El doctor Mier, agente general británico para los países americanos, dió sus instrucciones al héroe. En los Estados Unidos logró Mina comprar una embarcación y reunir una escolta toda compuesta de extranjeros, y con esta gente y cerca de trescientos hombres de tropa, desembarcó el 15 de abril de 1817, en Soto la Marina. No encontrando allí el auxilio que esperaba, optó por internarse. El comandante local, D. Felipe de la Garza, se retiró por no contar con elementos suficientes para oponérsele. En el Valle del Maíz derrotó Mina al capitán Villaseñor. Una serie de inesperadas victorias llevó a Mina al interior del país. Se atrevió a consumar el asalto de la plaza de León y fué rechazado. Por el fuerte del Sombrero pudo juntarse Mina con las partidas insurgentes que mandaba don Pedro Moreno, pero pronto surgieron rivalidades entre los insurgentes nativos y los extranjeros, irlandeses y norteamericanos que formaban el núcleo de las fuerzas de Mina. En situación comprometida, Mina confió su suerte a la audacia y se puso a consumar ataques desesperados que casi siempre concluían en derrotas. . . A medida que los extranjeros de su escolta eran diezmados, observa Guzmán, el éxito de Mina cedía. Los mexicanos no se le juntaban. Los mexica-

nos tenían más en común con las fuerzas realistas que con las avanzadas de la ocupación de Texas que peleaban al lado de Mina.

Y sucedió lo inevitable: destrozados sus contingentes, perseguido de cerca por los realistas, cayó Mina prisionero de un tal Orrantia que lo entregó al jefe realista Liñán. En el fuerte del Sombrero, Mina fué fusilado. Fuera de Guerrero en las montañas del sur y de algunas partidas de poca importancia, la revolución quedó otra vez sofocada. El ejército realista había crecido a la enorme cifra de ochenta mil hombres.

Pero otra vez un suceso ajeno al país reviviría la lucha, transformaría el curso de los acontecimientos.

EL ODIOS A LA CONSTITUCION PRODUCE EL CAOS

El pronunciamiento liberal encabezado en España por don Rafael del Riego, el 1^o de enero de 1820, obligó a Fernando Séptimo a jurar la Constitución de 1812 que poco antes había hecho a un lado. Por virtud de este movimiento, España salía de los métodos desastrosos del absolutismo que ya desde Felipe Segundo traían todo de cabeza, y se incorporaba a los sistemas modernos de gobierno. En todas partes ha sido necesario luchar por la Constitución y no se considera concluida la evolución política de un pueblo mientras no se ha dado a sí mismo una Constitución que regule la convivencia pública.

Estaba reservado al elemento conservador de México emprender una lucha sañuda para oponerse a la Constitución. No cabe en cabeza normal lo que entonces ocurrió. Se quiso ser más papista que el Papa pretendiendo que Fernando Séptimo había sido forzado a aceptar la Constitución y mientras Fernando Séptimo recobraba su libertad, el poder de la nación mexicana debía ser puesto en depósito en manos del Virrey Apodaca, que gobernaría conforme a las Leyes de Indias.

Se recordará que este mismo plan lo habían rechazado los notables de la Capital cuando se trató de que Iturrigaray asumiera el mando en ausencia de Fernando Séptimo y de acuerdo

con la Regencia de Cádiz y la Constitución. Para oponerse a ella, habían sido capaces de sonreír a los ingleses. Si se trataba de oponerse a la Constitución, no había medio que no pareciese legítimo a esta gente obcecada, y acudieron entonces al pronunciamiento.

ITURBIDE

Los conservadores de México inician con la conjuración de la Profesa una serie de intentos fracasados para oponerse al progreso, en vez de apoderarse de su maquinaria y dirigirla.

En principio, el Plan de la Profesa era oportuno. La independencia, a la que con tanto celo se habían opuesto los conservadores, resultaba ya inevitable y era mejor adelantarse a hacerla que esperar levantamientos nuevos. Basta recorrer las fechas de las batallas sudamericanas para comprenderlo. No obstante que México estaba en calma, dominado totalmente por el ejército realista, en el sur Bolívar y San Martín nos hacían la Independencia.

El Congreso de Tucumán, en 24 de marzo de 1816, había ratificado la Independencia argentina. La batalla de Chacabuco abrió las puertas de Chile a los independentes en febrero de 1817 y en abril 18 quedó asegurada en Maipú la independencia chilena. En 1820 invadió San Martín el Perú. Bolívar estaba a punto de dar la batalla de Carabobo. La independencia mexicana entonces la decidieron los españoles y los criollos acomodados que con más tesón la habían combatido. El mal estuvo en el caudillismo, el personalismo que se iniciaba y en la persona escogida para llevarlo a cabo. Fué ésta Don Agustín de Iturbide, coronel realista que se había distinguido por su saña en la persecución de los insurgentes. En la posición en que Iturbide se hallaba colocado, de oficial de Su Majestad, no hay excusa ni argumento que lo libre del carácter de traidor. Pues volvió las fuerzas que le había confiado el Rey, contra el Rey. Muy grave es un pecado de origen de tal magnitud en un hombre que las circunstancias convertían en cabeza de Nación y que

más tarde los necios quisieron convertir en tronco de dinastía. Mala honra era la de Iturbide para dar abolengo a una aristocracia que no fuese otra que asociación de aventureros.

Además, los antecedentes de Iturbide eran de oprobio. Siendo comandante de armas en Guanajuato se le había procesado por especular con los artículos de primera necesidad y por mandar vender a vil precio los acopios de granos de algunas haciendas. Se ve, por lo mismo, que junto con la jurisprudencia del cuartelazo, Iturbide crea el precedente del general negociante que usa del mando para explotar monopolios como el del garbanzo de Sonora, que disfrutó Obregón, o como la tributación aduanal que manejaron a su gusto los favoritos de Calles. El iturbidismo, que es lo mismo que el caudillaje militar irresponsable, ha ido bajando de categoría humana, pero nadie le puede quitar a Iturbide la paternidad de la corrupción, la triste gloria de precursor de un sistema de gobierno que lleva más de un siglo de arruinar al país.

Por su origen ilegal, extrademocrático cuartelero, y por su calidad personal de hombre sin honor en tratos privados, es Iturbide el verdadero Agustín Primero de una serie inacabable de sujetos que no tienen por lo común otra recomendación que haber sido crueles en la guerra civil, desleales con sus convicciones que a menudo cambian según la conveniencia personal, y en su vida íntima, ignorantes y poco delicados, nada virtuoso en el sentido fuerte de la palabra virtud.

En la conspiración de la Profesa tomaron parte clérigos prominentes de la indicada Iglesia y de otras de la capital, y personajes influyentes. No sospecharon, sin duda, que el tipo de gobernante que creaban para México, el caudillo arbitrario y sin ley, se les escaparía pronto de las manos y haría de la casta que lo creaba una de las primeras víctimas. Todo en la conspiración iturbidista huele a hipocresía. El matón sin honra que era Iturbide se finge piadoso, asiste a unos ejercicios espirituales en la Profesa y sale de allí absuelto de crímenes, listo para cometer otros nuevos. Con engaños obtiene del Virrey la Comandancia del sur, donde había rebeldes. Elige Iturbide buenas tropas con el pretexto de que va a batir a Guerrero. Quiere, expresa al Virrey, "cooperar a la gloria de que en breve tiempo

se viese pacífico todo el Reino". En el primer contacto con los alzados, Pedro Ascencio, jefe insurgente, destroza la retaguardia del futuro Emperador y el 2 de enero de 1821 don Vicente Guerrero derrota al Comandante de Acapulco. El fatuo Iturbide había soñado acabar con los rebeldes y volver a la capital triunfante, para dar solo el golpe a su protector el Virrey. Cuando ve que los rebeldes le resisten y aun lo derrotan, se resuelve a compartir el triunfo con ellos. Dirige una carta afectuosa a Guerrero. Este, bravo y noble general insurgente, lo manda a paseo y le inflige otra derrota. Pero Iturbide insiste. Guerrero, patriota desinteresado, acepta, por fin, conferenciar con el jefe realista y en Acatempan, a mediados de febrero de 1821, se ponen de acuerdo para llevar a cabo la Independencia. Se roba Iturbide una conducta que iba para Manila; recibe apoyo en dinero del Obispo de Guadalajara y proclama el Plan que se llamó de Iguala. La redacción del documento la hace el doctor Monteagudo, porque Iturbide, como los caudillos que habían de sucederle, es incapaz de formular por escrito sus ideas. En el Plan de Iguala se establece la absoluta independencia del Reino. Se promete un gobierno monárquico y constitucional. Y se ofrece el trono a Fernando Séptimo que, al no aceptarlo, dejaría libre el camino para elegirle sustituto.

En esencia el Plan de Iturbide era bueno; consumaba la Independencia sin derramamiento de sangre y con la cooperación de criollos y españoles.

El Virrey, notificado del Plan de Iturbide, cumplió con su deber disponiéndose a batir al traidor. Pero, contagiado el ejército por el ejemplo de Iturbide, influido, además, sin duda, por el deseo general de independencia, no tardaron en producirse nuevos pronunciamientos. Un grupo de oficiales apresó al Virrey. Entretanto, Iturbide, aprovechando la llegada a Veracruz de un nuevo Virrey, Don Juan de O'Donojú, trató con él, concertando el 24 de agosto los tratados de Córdoba por los que ratificaba el Plan de Iguala. El 27 de septiembre de 1821 hizo entrada triunfal a México, Iturbide, con el ejército de las Tres Garantías. Al día siguiente se instaló una Junta Provisional de Gobierno de la cual Iturbide fué el presidente. Y O'Donojú tuvo la poca delicadeza de formar parte de la junta.

Originariamente el movimiento de Iturbide tuvo el propósito de constituir gobierno personal que evitase la promulgación de una Constitución liberal. Pero como no pudo Iturbide hacer algo sin contar con los elementos insurgentes y éstos con la masa de la opinión del país exigían un gobierno constitucional, resultó un gobierno híbrido dentro del cual fué tan fuerte la tendencia constitucionalista, que el mismo Iturbide tuvo que ceder a ella. Los conservadores tuvieron que agacharse pero no se convencieron. Todavía Alamán había de lamentarse de que no se hubiese dado a Iturbide el poder absoluto con título de "Primer Jefe del Ejército". Y eso que la opinión de Alamán sobre Iturbide, no puede ser más pobre. "No parecía, dice, tener más noción de gobierno que tomar dinero de donde podía haberlo a mano cuando lo necesitaba y poner en prisión a los que le eran sospechosos, como lo hacía cuando era Comandante General en Guanajuato".

En este juicio Alamán retrata, no sólo a Iturbide, también a sus continuadores de la farsa política nacional. Las palabras ya citadas de Alamán lo mismo pueden aplicarse a Santa Anna que a Venustiano Carranza. Lo más funesto del iturbidismo es el precedente que dejó de gobiernos personales extra constitucionales. Y ni siquiera Alamán quiso ver que el sistema representativo que él también odiaba, ofrece, por lo menos, una probabilidad de obtener designados honorables. Un siglo de fracasos no acaba de servir de lección a los conservadores. Todavía el Padre Cuevas, en su Historia de la Iglesia, dice de Iturbide que si en lo "privado se procuró la Corona, hizo muy bien", y añade: "*Un gobierno no electivo cuando hay manera de que caiga en gente honrada es lo que todos creemos que conviene a México*". Y cabe preguntar: ¿quién juzga de la honradez? Ni ¿qué garantía puede haber de ella en persona que se cobija con la sombra de un complot, antes de presentarse ante sus conciudadanos? Malo como es el régimen democrático, por lo menos obliga a una discusión de los méritos del candidato y permite eliminar de esta suerte a los notoriamente descalificados. Tal como habría sido eliminado el mismo Iturbide si se le discute libremente. Basta recorrer la lista de los presidentes de Estados Unidos, o de los de Colombia, Argentina, Chile, Perú, para convenirse de que la inmensa mayoría de los jefes de Estado durante

un siglo ha sido de hombres honrados cuando no de hombres superiores. En cambio, la serie de los nuestros, salidos en su mayoría del pronunciamiento o de la imposición armada, es una galería del crimen, por los hechos y aun por los rostros patibularios y brutales.

Por no haber habido elecciones sino conjuras, los presidentes de México recaen en el tipo Iturbide-Santa Anna, sin acercarse nunca a la categoría de un Alamán. El clero, por su parte, estima a los Iturbides que le hacen el juego. Pero a partir de la Reforma, los Iturbides dominados por la masonería, se les han convertido en azote. No por eso reniega del sistema, si hemos de juzgar por el apoyo prestado a Victoriano Huerta. Y parece que lo que lamentan de un Iturbide a lo Calles, no es que mate, robe, destruya, sino que no esté con ellos. ¿Cómo quieren entonces no vivir divorciados de la opinión si lo que ésta reclama con justicia es un gobierno electivo como el que ha prevalecido en Colombia, como el que disfruta la Argentina, para no citar sino casos hispanoamericanos?

No sólo al país, a la misma Iglesia le ha hecho daño el capricho de crear en América simulaciones del derecho del más fuerte en la noche de la historia. En vez de todo este cafrismo premedieval, la Iglesia que era, o debió ser, una avanzada de la cultura y órgano de previsión social, debió adelantarse a los tiempos o por lo menos, entrar en ellos a fin de dominar las corrientes irreprimibles. En lugar de fincar sus esperanzas en un Iturbide, en un Porfirio Díaz, es en el pueblo y en las asambleas donde debió buscar el poder político; a la luz del día y con sinceridad de propósito, es decir resuelta siempre a servir el interés nacional, el interés de las mayorías, por encima de grupos y privilegios. En cierto modo, esto es lo que hacían los liberales, por lo menos presumían de hacerlo, y no es de extrañarse, por lo mismo que la masa los siguiese. Ya en otras naciones, la Iglesia ha entrado al terreno democrático a librar la batalla de la sociedad. ¿Por qué sólo en México ha de seguir apegada a las fórmulas viejas? Lo que ha venido padeciendo es consecuencia de su atraso. Y todo ello es lamentable, porque la Iglesia mexicana es parte de nuestro patrimonio cultural y no

será México grande mientras no se conquiste la cooperación de lo nacional y lo religioso.

Todo poder que se vuelve sordo a los tiempos es un poder condenado. Cuando se inventó la artillería, el buen capitán que era Mahomed se dedicó a comprar los mejores cañones de su época. Con ellos echó abajo a los bizantinos que se creían invencibles porque lo habían sido sus antepasados. Los nuevos cañones de la política eran las asambleas. Descuidar éstas, para dedicarse a fabricar dictadores a lo Iturbide, es pecado de ineptitud.

Pronto se vió que, en efecto, Iturbide no ejercitaba el poder. Frente al suyo estaba la Asamblea. En el primer choque triunfaría la fuerza y quedaría dueño del campo Iturbide, pero con triunfo efímero.

El primer Congreso mexicano se reunió el 24 de febrero de 1822. Prometió guardar y hacer guardar la Independencia; ratificó el mando de Iturbide y éste prometió obedecer al Congreso.

En seguida el Congreso se dedicó a perder el tiempo en cuestiones nimias, a decretar honores y a establecer órdenes como la de Guadalupe. Ninguna ley social de importancia, ninguna medida eficaz podía salir de aquel conjunto de diputados que estaba pendiente a la intriga latente, a la lucha sorda de tendencias antagónicas. Pues es peculiar de los Parlamentos que nada logran si no son de verdad libres y no puede tampoco el Ejecutivo desarrollar labor provechosa si no cuenta con la lealtad del Parlamento. Tampoco podía haber cooperación sincera entre un Iturbide, llegado al poder por la conspiración y el pronunciamiento, y diputados que se sentían consagrados por la elección popular. Al iturbidismo no le quedaba otro recurso que seguir su natural trayectoria. Usar el Congreso para sus fines y en seguida aniquilarlo.

La situación general se agravó porque en España, los políticos, con su habitual desacierto, se negaron a reconocer los convenios celebrados con O'Donjú. El disparate no pudo ser mayor. No teniendo escuadra ni ejércitos bastantes para reconquistar la Nueva España, lo obvio era reconocer una Independencia consumada con tanta galantería. Y habernos mandado

alguno de los idiotas que les pedíamos para rey o no haber mandado a nadie, pero haberse apresurado a entablar relaciones cordiales con la nueva situación. El plan de la destrucción de los españoles tramado por los que habían fomentado la Independencia, no se hubiera podido consumir, si el gobierno español se apresura a retirar las tropas que quedaban en Ulúa y manda un Embajador.

Ocurrió todo lo contrario. En el propio México empezaron a conspirar algunos españoles soñando con un golpe militar que los restableciera en el mando. La agitación provocada con este motivo dió pretexto a que Iturbide aumentase el ejército y a que justificase sus ambiciones a un mando vigoroso e irresponsable.

Por su parte, los liberales ganaban terreno en la Asamblea. Un D. Lorenzo de Zavala, oriundo de Yucatán, había llegado a México, se había hecho elegir diputado en Veracruz. En Europa había participado en el intento de coronar Emperador a un descendiente de Moctezuma, noble español vecindado en la Península, Don Alfonso Morcillo de Teruel. Unido con Ramos Arizpe, Zavala se ocupó de la instalación de las logias del rito escocés, que fueron el núcleo de la oposición a Iturbide en el Parlamento. Por desgracia, la doctrina democrática, desde su origen se presentaba contaminada de peligroso influjo extranjero.

El ejército, que ya desde entonces comenzó a ser el árbitro de los asuntos nacionales, y el clero, apoyaban la designación de Iturbide como Emperador, a falta de Borbón que no quiso venir. Los liberales, por su parte, hablaban de asesinar a Iturbide que se disponía a pasar el Rubicón, imitando a César en la felonía, ya que no en el genio conquistador.

Por fin, la noche del 18. de mayo, un sargento aleccionado convocó a la tropa y en la retreta hizo la proclamación del Imperio. El ciclo de barbarie militarista de nuestra historia independiente se había iniciado. El Congreso amenazado, votó la designación de Iturbide, no obstante no haber quórum en la Asamblea. Gómez Farías, que más tarde se convertiría en jefe liberal, hizo el elogio de Iturbide, le arregló el enjuague del Congreso. "Y quedó nombrado —dice el propio Alamán— el Primer Emperador de México, como se nombraban los Emperado-

res de Roma y de Constantinopla en la época de la decadencia, por la sublevación del ejército y los gritos de la plebe”

Nosotros surgíamos apenas a la vida y ya nos manchábamos con procedimientos de decadencia.

En las provincias la proclamación del Imperio fué recibida con júbilo. El Brigadier Santa Anna, antiguo realista y Comandante Militar de Jalapa a la sazón, se apresuró a ofrecer adhesión servil, “garantizada con su vida, etc., etc.” Ni Don Vicente Guerrero, que mandaba la zona del Sur, escapó a la ola de indecorosas pleitesías.

Por lo menos, la tendencia mexicanista de Iturbide era sincera. Del otro lado, en el liberalismo, se movía la influencia extranjera. Y la desgracia del futuro estaba en la siguiente contradicción: que los métodos atrasados de mando, los representaban los nacionalistas, y la tendencia republicana que fatalmente tenía que triunfar, se presentaba ya coludida con el imperialismo de los anglosajones, que de esta suerte se aseguraba el porvenir.

El propio Zavala reconoce que se afiliaron a las juntas secretas masónicas una porción de individuos que esperaban por ellas ser diputados o empleados de cualquier género. Muchos españoles, por odio a Iturbide, a quien detestaban por haber hecho la independencia, se afiliaban también al partido escocés. Halagaba éste al pueblo con promesas de supresión de contribuciones procurando adquirir popularidad y hacer palpables al pueblo los beneficios de la revolución.

Por el lado de Iturbide, como era natural, se declinaba hacia el absolutismo. El Congreso fué disuelto y sustituido por una Junta de Gobierno de la que formó parte O'Donojú. A la muerte de éste quedó dueño de todo el poder Iturbide.

Estando en el poder Iturbide regresó a México el Padre Mier, que fué muy agasajado y obtuvo gran influencia. Desde el principio se colocó el Padre Mier en la oposición contra Iturbide y en favor de la república. Pero la verdadera dirección del movimiento liberal mexicano había de quedar en manos extranjeras; correspondió al representante de los Estados Unidos, don M. J. R. Poinsett.

En realidad, el único suceso notable del Imperio de Iturbide fué la anexión voluntaria de Guatemala. El Salvador se

negó a reconocer a Iturbide y el general Filisola, de triste memoria en lo de Texas, fué a Centro América a imponer por la fuerza una adhesión que debió asentarse en la comunidad de interés en la colaboración respetuosa y en el patriotismo común. Nicaragua y Costa Rica también tuvieron representantes en el Congreso iturbidista y obedecían las órdenes del gobierno imperial.

Y pronto lo que había creado el pronunciamiento lo deshizo la defección. Santa Anna inició su carrera nefasta, proclamando la república para destronar a Iturbide. D. Vicente Guerrero también se sublevó en el Sur. Las fuerzas que Iturbide mandó contra Santa Anna defecionaron y todos los traidores reunidos firmaron el Plan llamado de Casa Mata, en febrero de 1823. Consecuencia del Plan fué el desconocimiento de Iturbide y la proclamación de la República Federal. Con los antiguos diputados y otros electos por las provincias, se reunió el Poder Constituyente. Se aprobó en la Asamblea una Constitución y fué electo Primer Presidente don Guadalupe Victoria, que tomó este nombre por devoción a la Virgen de Guadalupe. Como Ministro de la Guerra nombró Victoria a un antiguo Jefe realista, don Manuel Gómez Pedraza. En las elecciones que se convocaron en seguida, fué electo Vicente Guerrero, no obstante haber obtenido más sufragios Gómez Pedraza. Pero otra vez los pronunciamientos, con Santa Anna en el fondo de la situación, decidieron el triunfo en favor de Guerrero.

La insurrección que aseguró el nombramiento de Guerrero se llamó el Plan de la Acordada.

El verdadero director de la política mexicana, don Joel Poinsett, regresó al país con cargo de Ministro Plenipotenciario al establecerse Guerrero en el poder. La corta presidencia de Guerrero marca, sin embargo, cambios importantes en la política nacional. De Ministro de Relaciones de Guerrero había quedado don Lucas Alamán que representó sin éxito los intereses de la nación frente a Poinsett.

Nos habíamos separado de la idea imperial española, el más noble tipo de cruzada humana universal y generosa que jamás haya existido, y nos veíamos englobados en el imperialismo co-

mercial de los anglosajones, cuyo triste epílogo contemplamos hoy en el capitalismo decadente de la actualidad.

EL PRIMER PROCONSUL

Era Joel Poinsett de hermosa presencia y porte distinguido. Descendía de emigrados franceses protestantes. Su cultura era superior a la de toda la genticilla que formaba gobiernos en nuestra patria. Había estado Poinsett de espía en México, en 1812, y de diplomático en Chile. Ante Iturbide se presentó como agente de los Estados Unidos, pero pronto se convenció Poinsett de que no iba a manejarlo y se retiró, no sin dejarle minado el terreno. Elevado al poder Guerrero, con apoyo de las logias, Poinsett vió su oportunidad. Traía mucho dinero y en seguida se formó una camarilla cuyos jefes fueron: Lorenzo de Zavala, el futuro traidor de lo de Texas; Alpuche, gran maestre del partido que aceptaba llamarse a sí mismo "americano", y Gómez Fariás, el pontífice del liberalismo y una especie de pastor protestante vestido de charro.

En sus discursos hablaba Poinsett de la igualdad de las Instituciones de Norteamérica y México. En la crónica que da el periódico "El Aguila Mexicana", de la primera recepción de Poinsett, se cuenta: "que llamó poderosamente la atención que en la primera fiesta de la Embajada de Norteamérica, el Ministro Poinsett había hecho colocar en uno de los extremos del salón el retrato de Moctezuma; en el otro una alegoría de la América".

Obsérvese la precisión con que se desarrollaba el programa del nuevo imperialismo. Apoyo al federalismo que aumentaba la dispersión de provincias ya de por sí mal comunicadas. La separación de Guatemala y demás países centroamericanos sería la primera consecuencia del federalismo, el primer triunfo del programa Poinsett. En seguida, el homenaje a Moctezuma ocultaba el propósito de borrar el recuerdo del gran pasado español, en favor de un cacique indio desventurado. Contra el México grande de Cortés y los virreyes, Poinsett erguía el México de Moctezuma que abarcaba apenas el altiplano de Anáhuac. La política interior la dominó Poinsett por medio de la creación de logias

que ya no responderían a la influencia inglesa y francesa, sino directamente a la influencia de Norteamérica. Tal fué el objeto del rito yorkino cuya matriz estuvo siempre en Nueva York. En lo inmediato la misión de Poinsett se dirigía a echar por tierra el tratado de límites celebrado por el Ministro Onís con Wáshington, por el cual nuestra frontera llegaba a Luisiana, y a concertar un nuevo tratado de límites que poniendo la frontera en el Río Bravo nos quitaba de golpe todo Texas, poblado desde hacía dos siglos, por mexicanos.

En las reuniones de la Embajada, Poinsett fungía de maestro de los agitadores y políticos que con el apoyo del "partido americano" llegarían a ser diputados, ministros, presidentes. Poinsett recogía el fruto de los trabajos de su primer viaje. La elección de Guerrero era triunfo de los "americanos".

Sólo un hombre había en el gobierno, con capacidad para oponerse a Poinsett: D. Lucas Alamán. En el duelo que se desarrolla entre ambos habría de perder Alamán. Desde ese momento el destino de México ha estado a merced del yankee.

HISPANISMO Y MONROISMO

Alamán es el único Ministro de Relaciones que México ha tenido. Su mirada estuvo abierta a las exigencias de la hora y a la consideración del porvenir. Recién independizado México era natural que buscara apoyo en los países de la misma sangre. La voz de unión había venido ya del Sur. Bolívar citó al Congreso de Panamá. Pero el mismo Bolívar ideó un plan bastardo: Invitó a los Estados Unidos y proclamó a Inglaterra "Protectora de la Libertad del Mundo". (Véase Pereyra, Breve Historia de América.) Al disolverse el Congreso de Panamá quedó convenido que los delegados se reunirían nuevamente en Tacubaya, suburbio de la capital de México. El Congreso de Tacubaya no llegó a reunirse porque los hombres pequeños que se habían hecho del mando, en las distintas naciones de América, no veían más allá de sus narices, no se preocupaban sino de la intriga local y de la adulación de los poderes nuevos: Inglaterra y los Estados Unidos. Nuestros destinos también comenzaron a oscilar entre los dos polos de la extraña influencia. Inglaterra formuló por medio del Ministro Canning, la tesis de que no se permitiría el restablecimiento de la influencia europea en América. Los imbéciles, en América, tomaron este gesto como una gracia, una protección a las nuevas nacionalidades. En realidad, era la consumación de la tarea inglesa de varios siglos. En vano España, con sus aliados europeos de la Santa Alianza, intentó contener la obra comenzada por los bucaneros de la época de Isabel de Inglaterra. El comercio del Nuevo Mundo comenzó a ser inglés, no obstante no haberse consolidado el dominio político de Inglaterra por causa de las acciones heroicas de Buenos Aires y Cartagena. La declaración de Canning quería decir: Fuera Eu-

ropa de lo que hoy es mío. Pero el imperialismo inglés se había bifurcado. Para los Estados Unidos la independencia no fué decaimiento sino comienzo de un incomparable ascenso. Los Estados Unidos no se dedicaron a matar ingleses; se dedicaron a imitar a los ingleses y a sentirse ingleses en la ambición, el decoro y el poderío. Por eso cuando Canning formuló el dogma de que América no era campo para la dominación europea, salvo la inglesa, los hermanos ingleses en los Estados Unidos proclamaron por boca de Monroe: "Que los Estados Unidos no admitirían ninguna empresa de colonización que en los continentes americanos intente cualquiera de las potencias de Europa". Esta declaración es de fecha 2 de diciembre de 1823. Sólo la mala fe ha podido dejar que corra la especie de que la Doctrina Monroe tenía por mira proteger a las nacionalidades nuevas de las invasiones de Europa. España ya no podía invadirnos, había sido derrotada totalmente en el Sur. Inglaterra también había fracasado en sus intentos de ocupación de territorios. La Doctrina Monroe, en realidad, equivalía a una declaración de la precedencia yankee en las cuestiones del Nuevo Mundo. Lo que preocupaba a los Estados Unidos era que Francia o Inglaterra se adelantasen apoderándose de Cuba que ya se habían reservado para sí.

Por eso lo primero que hizo Poinsett fué destruir los planes que México y Colombia habían concertado para libertar a Cuba y anexarla a México, lo que hubiera sido natural y debido.

Para la expedición de Cuba contaba Colombia con doce mil hombres aguerridos listos para embarcarse en Cartagena. México debía suministrar asimismo tropas y embarcaciones. Poinsett, siempre vigilante, intrigó contra el proyecto que Alamán apoyaba. Los Estados Unidos se movieron también en Colombia, amenazaron. Con eso bastó. El criterio imperante en la mayor parte de la gente de México nos lo da el traidor Zavala, jefe por entonces, de los americanos: "México, —afirma en su historia Zavala— necesitaba curarse de sus heridas... no estaba para aventuras"... "Además, —decía Zavala—, si no fuese por la poderosa escuadra británica ya Cuba habría corrido la suerte de la Florida y la Luisiana, suerte feliz, dice, si se considera como debe ser, la que toca a los habitantes que entran en los goces

de la más amplia libertad social y reciben del nuevo gobierno el derecho de gobernarse a sí mismos". Tal fué la suerte que pocos años más tarde ayudaría a deparar a Texas el propio Zavala, aunque ahora sus descendientes anden de parias como toca en *suerte a las razas que no saben darse a sí mismas la libertad y esperan a recibirla como merced del poderoso*. Fracasó, pues, Alamán, y triunfó Poinsett coludido con mexicanos; Cuba no fué mexicana ni fué libre; estaba reservada desde entonces para posesión de los Estados Unidos de Norteamérica.

La segunda derrota de Alamán es todavía de mayor trascendencia. Ni siquiera la mencionan los menguados textos de nuestra miserable historia patria.

No hallando ambiente para la celebración del Congreso de Tacubaya, Alamán, como Ministro de Relaciones de Guerrero, se dedicó a concertar el tratado de Alianza con Colombia. Aparte de las cláusulas usuales de alianza defensiva y ofensiva, el tratado contenía las siguientes cláusulas de trascendencia obvia: Artículo XIII. "Ambas partes se obligan a interponer sus buenos oficios con los gobiernos de los demás Estados de la América, antes españoles, para entrar *en este pacto de unión*, liga y confederación perpetua"... Artículo XIV. "Luego que se haya conseguido este objeto se reunirá una Asamblea general de los Estados Americanos compuesta de sus plenipotenciarios, con el encargo de aumentar las relaciones íntimas que deben existir entre todos y que les sirva de Consejo en los grandes conflictos, de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete a sus tratados y de Juez árbitro y conciliador en sus disputas y diferencias"

Firmaron este tratado Alamán y el Ministro de Colombia en México, Poinsett informó y la cancillería de Washington hizo que en Colombia se le introdujesen modificaciones. Sin embargo, testada la palabra Juez árbitro lo firmaron y promulgaron D. Vicente Guerrero y Alamán el 2 de diciembre de 1823. El 31 de diciembre se hicieron al tratado modificaciones esenciales que volvieron a despertar al recelo de Poinsett. Una cláusula del nuevo tratado decía: "*Los productos territoriales de uno y otro país introducidos por sus puertos en buques indistintamente colombianos o mexicanos gozarán de la rebaja del dos y medio por*

ciento de los derechos de importación, etc.". Esta cláusula motivó larga discusión en que se interpuso Poinsett y envió notas del propio Clay. La ocasión la dió el tratado que concertaba Poinsett entre México y los Estados Unidos; en él se exigía que los Estados Unidos obtuviesen el *mismo trato que el otorgado a las repúblicas de origen hispánico*.

Alegaba Alamán la diferencia de circunstancias, nuestra comunidad de origen y solidaridad anterior a la Independencia, y Clay hablaba de que los Estados Unidos con la doctrina Monroe, garantizaban la independencia americana. El resultado fué que Colombia ya no ratificó el tratado.

El plan genial de Alamán de sustituir con una serie de pactos aduaneros, la federación que había fracasado en Panamá, quedó deshecho. Y quedó constituido desde entonces el Panamericanismo como un obstáculo para la integración del hispanoamericanismo.

Tan peligroso había sido el plan Alamán, frente al plan Monroe, que el panamericanismo triunfante ha procurado echar en olvido, borrar de la historia, el nombre mismo de Don Lucas Alamán.

Pero no quedó corto Clay. Mientras se servía de la Doctrina Monroe para obtener las mismas ventajas que los países hispanoamericanos, cuidó de precisar que la *Doctrina Monroe no constituía alianza de los Estados Unidos y las naciones del Sur*. La Doctrina Monroe, explicó, es una declaración de principios de la política exterior norteamericana, que los Estados Unidos pueden interpretar libremente, según las circunstancias.

En efecto, nunca la han aplicado a colonias inglesas como Jamaica.

A la caída de Alamán del Ministerio la política exterior mexicana quedó subordinada a los Estados Unidos. Tuvimos una ilusión de soberanía exterior que duró unos meses; no acertó a consolidar un tratado de paz y amistad con Colombia. Mucho menos, logró lo que era nuestro destino manifiesto: organizar expediciones navales que tomasen posesión de nuestra antigua ruta comercial de las Islas Filipinas. O que se consumase la alianza y federación de Cuba con México. Lejos de consumir extensiones, el porvenir sería de los "americanos" que ya desde

los tiempos de Hidalgo y de Morelos, sólo se preocupaban de deshacerse de Texas, y recortar un imperio demasiado grande para las cortas capacidades de los hombres de la República.

PRONUNCIAMIENTOS Y CONSPIRACIONES

La cizaña introducida por Poinsett comenzaba a dar resultados. Tan notoria era la intervención de Poinsett en los asuntos nacionales que en diciembre de 1827 hubo un pronunciamiento en Otumba encabezado por el general Juan Maule Montaña, exigiendo la expulsión de Poinsett y la disolución de las sociedades secretas. Este movimiento lo secundó nada menos que Don Nicolás Bravo. Y era patriótico. El plan de Poinsett, en efecto, ya había producido el primer decreto de expulsión de los españoles. Con pretexto de que corría peligro la independencia, se expulsó a muchos españoles prominentes el 20 de diciembre de 1827, debiendo durar la expulsión hasta que España reconociera la Independencia. El primer paso estaba dado. La guerra a lo español sería propósito secreto del partido extranjero. La situación vino a agravarla la torpe expedición que al mando de Barradas se apoderó de Tampico para restablecer la dominación española. Derrotó a Barradas en Tampico, el general Antonio López de Santa Anna, que estando ya procesado, desprestigiado, aprovechó este triunfo fácil para volver a inmiscuirse en la política nacional.

Otra división de las tropas que debían batir a los españoles se puso a las órdenes de Anastasio María de Bustamante. No habiendo en realidad españoles que combatir, Bustamante volvió sus tropas contra Guerrero. Dejando éste la Presidencia en manos de D. José María Bocanegra, salió a batir a Bustamante, pero sus propias tropas se le voltearon y tuvo que huir hacia el Sur. El mismo Guerrero había subido al poder burlando el voto que había favorecido a Gómez Pedraza, así es que no tenía de qué quejarse. Anastasio Bustamante resultó Presidente el 1° de enero de 1830. La razón aducida por Bustamante en favor de su traición era que Guerrero estaba incapacitado para gobernar la nación. Era verdad, pero ¿por qué lo apoyaron en contra de Gómez Pedraza? El mismo Bustamante había sido electo Vice-

presidente junto con Guerrero. El honor de los políticos estaba perdido. Entre toda aquella casta de rufianes, el peor de todos, el más cínico y felón había de triunfar: Santa Anna, que se adueñó del país.

Por lo pronto Bustamante, amenazado por la revolución, no se ocupó sino de perseguir a sus enemigos. Para deshacerse de Guerrero, que se le oponía en el Sur, comisionó al italiano Picaluga que mandaba un barco en Acapulco, para que con engaños plagiase a Guerrero. Invitado Guerrero a comer a bordo, el buque levó anclas y el antiguo insurgente y ex Presidente fué entregado en Huatulco a un Coronel que lo trasladó a Oaxaca donde los militares lo asesinaron. En la discusión del Consejo de Ministros de Bustamante, Don Lucas Alamán se opuso a que se diera muerte a Guerrero y pidió que se le desterrase únicamente. Prevalcieron los militares. El Amirantazgo de Génova declaró traidor a Picaluga y lo degradó a su regreso a Italia. Los militares que en México asesinaron a Guerrero, obtuvieron ascensos en el Ejército.

La indignación pública dió pretexto a otros generales para satisfacer sus ambiciones. Santa Anna se levantó contra Bustamante. Y al fin de una lucha de intrigas y de combates más o menos reñidos resultó designado Presidente Gómez Pedraza, que ya no merecía serlo.

Se atribuyen estos cambios de gobierno al estado del erario. Apenas se dejaba de pagar a las tropas éstas se sublevaban. En realidad, no es ésta la causa. No puede haber dinero en el tesoro cuando son bribones los que gobiernan. La calidad de los hombres que se turnaban en el mando es la causa de todo lo que ocurría. El país estaba en manos de un ejército de mercenarios sin letras, sin patriotismo y sin honor.

Sólo Poinsett seguía atinando. La Presidencia de Pedraza se señaló por una nueva ley de expulsión de los españoles. Y como Pedraza sólo debía desempeñar la Presidencia por los meses que faltaban para el periodo a que fué electo y no posesionado, se celebraron nuevas elecciones que dieron pretexto para que el hombre digno de aquella situación, se hiciera descaradamente del mando.

El 1° de abril de 1833, Antonio López de Santa Anna entró de Presidente. A su lado figuraba como Vicepresidente el agente norteamericano discípulo de Poinsett, D. Valentín Gómez Farías.

CONCESIONES A EXTRANJEROS

Uno de los propósitos del Plan de República Federativa que Poinsett había ayudado a imponer, fué facultar a los diferentes Estados de la Unión para otorgar concesiones de tierras. A pretexto de colonización se empezaron a dar a anglosajones negociantes, enormes porciones de territorio. Naturalmente, por Coahuila y Texas la demanda de concesiones fué mayor. La proximidad de los Estados Unidos y los derechos que éstos alegaban sobre aquella zona mal delimitada eran bastante atractivo para los colonos de Norteamérica. Y se produjo entonces la reversión increíble de la política colonial en estas materias. Mientras los últimos virreyes, con criterio nacionalista, habían visto la conveniencia de fomentar en Texas la colonización con españoles, los gobiernos federalistas poinsettistas, miserables atentos nada más a conservar el poder y a explotarlo, empezaron a dar concesiones de tierras a los norteamericanos de Texas, al mismo tiempo que los españoles eran declarados enemigos de la patria y como tal desposeídos y expulsados. Apenas se concibe que los hombres que gobernaban el país en aquella época fueran tan malvados, que conscientemente realizaran aquella traición a su patria. Es más piadoso calificarlos de imbéciles. Eran hombres sacados del cuartel y si alguno de ellos presumía de ilustrado, era para repetir la jerga doctrinaria según la cual todo lo español representaba el oscurantismo y todo lo norteamericano significaba el progreso.

Lo que nunca se preguntaron los mandones estúpidos de la hora es a quién iba a beneficiar el tal progreso.

En la cancillería de Washington sí lo sabían. Prueba de ello es que no habiendo necesidad alguna de tierras nuevas, porque toda la extensión del Mississippi estaba todavía despoblada, hacia la tierra estéril de Texas se dirigían los colonos. Uno de los más notorios fué don Esteban Austin, padre del primer Presidente de la República texana. Con este Austin fueron tan

liberales los gobiernos del partido americano, que ya desde 1820, según las palabras de Zavala, había creado una vasta empresa de colonización entre los ríos Brazos y Colorado en las cercanías de San Antonio, Texas. "Ha formado una colonia floreciente que ofrece la perspectiva de prosperidad y dicha futura a sus felices habitantes y a sus más remotos descendientes...." Así era, en efecto, pero lo que no advertía el pobre abogadillo que fué Zavala es que el provecho de aquellos trabajos sería todo para los descendientes de Austin y no para los descendientes de los mexicanos que habitaban la región, y no contaban con el apoyo de los gobernantes, sus compatriotas, ni para desarrollar sus empresas ni para obtener garantías. Después de elogiar las colonias de Austin, Zavala, que es tan fiel discípulo de Poinsett, censura unas concesiones otorgadas a franceses por Coatzacoalcos, porque, según él, son ineptos los franceses para la colonización. Se ve en seguida que si México hubiera tenido una política de colonización y no una tutela de las sociedades secretas, las concesiones se hubieran dado a franceses a falta de españoles por la sencilla razón de que no ofrecían los franceses un peligro internacional y eran una raza afin cuyos descendientes se asimilarían a nuestra población. Pero también las ideas de raza y lengua eran menospreciadas por la pandilla de traidores que se había hecho del mando. A renglón seguido el infeliz de Zavala se pone a defender una extensa colonización inglesa de la casa Baring, por Chihuahua, y dice: "El celo judaico heredado de los españoles, de que los extranjeros no se hagan ricos con las tierras ni producciones del país y el temor ridículo y mezquino de que la Gran Bretaña adquiriese influencia en los negocios, excitaron el celo de varios diputados para anular las indicadas concesiones". En el caso especial de Baring triunfó en las Cámaras el patriotismo por encima de la perversidad de Zavala, y las concesiones fueron anuladas; pero el criterio de Zavala habría de prevalecer a la postre. Se trataba de dar las tierras, no precisamente a los extranjeros; no habían de darse a españoles ni a franceses; el plan Poinsett era que las tierras las tomaran norteamericanos e ingleses. Unos y otros, unidos por lazo racial en ellos sí poderoso, como que no son raza degenerada, crearían el bloque irresistible destinado a dominar nuestra economía. En

su disertación Zavala habla de la legitimidad de desmembrar los territorios y provincias para darse gobiernos *abstractos*, dice, cuando los actos del despotismo, los grandes extravíos de la nación grande, obligan a los pueblos a buscar su propia felicidad. Esto último es legítimo y lo fué en el caso que Zavala cita de las repúblicas italianas. Pero lo que no advertía el liberalismo es que las repúblicas italianas defendían su tierra, sus tradiciones, su lengua y no andaban ofreciéndolo todo de obsequio al conquistador más inmediato.

Poinsett fué, al fin, retirado del país, pero lo que no pudo ver la Cancillería mexicana porque nunca existió Cancillería, dada la eliminación de Alamán que es el único que pudo formarla, es que no se trataba de la acción personal de un Ministro, sino de un plan de penetración que cuando se iniciaba apenas fácilmente pudo ser destruído, si en nuestro gobierno hubiese habido conciencia.

El mal básico era la idea de que sólo los extranjeros de tipo anglosajón serían capaces de traer la prosperidad; la ceguera de no ver que, en todo caso, esa prosperidad de nada iba a beneficiarnos. Y la maldad de no reconocer que, aun en materia de riqueza y desarrollo públicos, la obra de España en México era superior a la de Inglaterra en el Norte.

DON LUCAS ALAMAN

Así como hemos dedicado un capítulo a Poinsett, que inicia la política destructora de nuestra nacionalidad y reconoce como continuadores a los Zavala, los Gómez Farías y los Juárez, los Carranza y los Calles, conviene llamar la atención del lector sobre el hombre odiado en su tiempo, calumniado por la posteridad y olvidado después por la ingratitud pública, tan sólo porque su programa salvador era la contradicción del poinsetismo. Fué Alamán el único que tuvo cabeza propia allí donde todos han pensado según la pauta que les da el extranjero. Era Alamán de familia distinguida y esta circunstancia se ha vuelto contra él como un estigma en un medio en que se rinde culto a la plebe sin que por ello se haga algo en su beneficio. La plebeyocracia de nuestra política no es sino otra astucia del plan Poinsett que consiste en destruir la aristocracia de una nación a efecto de lograr su degüello. Porque Alamán era acomodado y se educó en la tradición del honor castellano, nunca se le ocurrió robar. Esto no pueden perdonarlo políticos a lo Zavala que se aprovechaban del poder para hacerse dar concesiones de tierras. No pueden tampoco disimular su envidia de la altivez de Alamán quienes han vivido al servicio del plan extranjero. Ni el intelectualismo liberaloide puede perdonarle que pensara como mexicano, cuando tantos otros sólo han repetido la doctrina que se les alquila en el exterior.

A Lucas Alamán, se le puede comparar con Hamilton, el organizador de la democracia yankee, con Adams, el gran ministro de Estado, con Henry Clay. Y si México hubiese sido una nación que se está formando y no una desintegración que se precipita, el Presidente de ocho años habría sido Alamán en vez de

la turbia lista de los hombres de cuartel que deshonraron la Presidencia. El mismo Alamán tuvo que ponerse al servicio de algunos mediocres de esta índole para llevar adelante un intento de creación nacionalista. Y fracasó porque no es desde las Secretarías y las posiciones subordinadas donde el grande hombre puede hacer su tarea nacional, sino desde la cúspide del poder público.

La desgracia de México en sus relaciones con los Estados Unidos se explica con sólo comparar la lista de los Adams, los Hamilton, los Clay, los hombres de categoría cultural que en el Norte han mandado, con la lista de los zafios que entre nosotros han sido Presidentes y Dictadores, mientras un Alamán pasaba fugazmente por un Ministerio para ser después excluido, contradicho, por los amanuenses, los cuistres al servicio de los dictadorzuelos.

Ya vimos a Alamán en sus comienzos intentando oponer, a la doctrina Monroe que ha creado el panamericanismo, la idea de una liga aduanera hispanoamericana, con España incluida, lo que nos hubiera salvado la autonomía, nos hubiera dado marina mercante y con ella también marina de guerra, nos hubiera hecho un Imperio en vez de un agregado de satélites del panamericanismo. Ampliando más sus ideas dice Alamán en su historia, vol. 5, refiriéndose al tratado con Inglaterra que fué el precio de la ayuda prestada para la Independencia y que las naciones del sur firmaron sin objeciones: *"Se aseguraron franquicias en favor de los buques y mercancías tanto mexicanas como de las repúblicas hispanoamericanas, reservándose también México, por un artículo secreto, el derecho de conceder ventajas al pabellón español cuando aquella potencia reconociese la Independencia. . ."*

Esta medida que naturalmente nos hubiera restituído las ventajas del Imperio español sin sus inconvenientes, dándonos una posición única en el mundo, fué derrotada por los gobiernos, posteriores, al servicio del poinsetismo.

Un momento hubo de esperanza. Fué cuando Bustamante, dirigido por Alamán, gobernó la República. Es claro que el presidente debió ser Alamán y lo hubiera sido a no ser por la funesta jurisprudencia que ya habían sentado Hidalgo y Morelos y el mismo Iturbide, la jurisprudencia nefasta de que el poder

se conquista por el pronunciamiento y no por el voto. Así y todo, Bustamante por lo menos no estuvo al servicio del poinsetismo ni practicó los métodos militares de tomar dinero donde lo hay. La administración de Bustamante, dice Alamán, fué bastante honorable; organizó la hacienda pública en forma de que México se bastara con sus propios recursos, sin necesidad de acudir a empréstitos y sólo mediante la pureza de la administración; se respetaron las garantías individuales y se reorganizó, se moralizó el ejército. Bustamante, al fin y al cabo, era superior por la cultura al promedio de los generales de su tiempo. Y duró poco porque al poinsetismo siempre le ha convenido que a la presidencia suba un zote que desde la sombra es manejado, un déspota que no contando con el cariño de sus compatriotas, tiene que ponerse a merced de los intereses del extranjero.

Se verificaron las elecciones y Santa Anna se presentó de candidato. Pero un hombre de su laya, desprestigiado desde antes de tomar el mando supremo, no podía haber conquistado la estimación pública que gana el voto; en consecuencia, Santa Anna buscó pretextos para una revolución. Y tras de unas elecciones de farsa resultó Presidente Santa Anna. Siendo su incompetencia notoria, era cosa entendida que otro tendría que gobernar mientras Santa Anna jugaba a los gallos, seducía mujeres, robaba. Y el otro fué bien escogido como una antítesis de todo lo que representaba Alamán.

El otro fué nada menos que Valentín Gómez Farias, el futuro apoderado de los yankees y ya comprometido a llevar adelante el programa Poinsett.

Santa Anna restableció el terror. Sus enemigos fueron encarcelados. El propio Bustamante fué expulsado. Los pocos españoles que quedaban, dice Alamán, fueron esta vez expulsados, siempre con el pretexto de que ayudaban a tal o cual revolución. Los que habían vuelto bajo la tolerancia de Bustamante fueron expulsados de nuevo. Y comenzó la Reforma eclesiástica. Por mandato de Gómez Farias se declaró no obligatorio el pago de los diezmos; se derogó la coacción civil contra los votos monásticos y se excluyó al clero de la educación pública. Se suprimió la Universidad. Si se exceptúa la supresión de la Universidad, somos los primeros en reconocer que estas medidas eran una

necesidad de los tiempos, y lo malo es que haya tenido que imponerlas un agente del plan extranjero.

La supresión del diezmo obligatorio debió emanar de la Iglesia. No se debe imponer por ley lo que ha de ser siempre resultado de convicción. Tarde o temprano semejantes reformas tenían que producirse y lo que sorprende es la poca visión del clero que, en cada caso, en vez de adelantarse a los tiempos se les opone y pierde con ello prestigio, aparte de riqueza.

La segunda reforma, la de los votos monásticos no obligatorios civilmente, era tan legítima que uno se pregunta en virtud de que aberración llegó jamás a usarse de la coacción pública para forzar la voluntad en materias que son del arbitrio de la conciencia. Y es peor un clérigo forzado que un clérigo renegado. Prueba de que la fe era sincera en la mayoría, es que no hubo casi quien aprovechara el decreto; el personal de los conventos siguió intacto y más honrado por más libre.

La exclusión del clero en materia de enseñanza fué el comienzo de una lucha prolongada y destructora. Lo que debió hacerse fué crear una educación independiente y dejar que tanto el clero católico, como los otros, estableciesen planteles, tal como se hace en todos los pueblos civilizados.

Pero el exceso en la reforma empezó a traer la violencia de la reacción. Pronto Santa Anna, queriendo asegurarse popularidad, expulsó del Gobierno a Gómez Farías, agente de los yankees, y echó por tierra las nuevas leyes. Gómez Farías se fué a Nueva Orleans a organizar la revancha, en colaboración con el otro discípulo de Poinsett, el Zavala, que ya tenía en Nueva York un Banco para explotar las concesiones de Texas y preparaba de este modo, su próxima actuación como traidor. Bajo Bustamante se había prohibido el otorgamiento de concesiones nuevas, especialmente en los Estados Unidos fronterizos, y se había mandado construir una serie de fortificaciones en el lindero norte de Texas. Todo esto se vino abajo con la caída de Alamán.

Alamán veía la situación y la denunciaba. En vez de llevar a Texas colonos españoles, los del "partido americano" importaban colonos norteamericanos. En el seno mismo de la administración baja el nivel del funcionario. Pues, según también ad-

vierte Alamán, con la expulsión en masa de los españoles, los servicios administrativos se habían resentido y el *comercio había ido pasando a los extranjeros*. Muy pronto los ingleses ocuparon el primer lugar en este ramo y su influencia tenía que ser contraria a México y favorable a los Estados Unidos en la lucha que se aproximaba y que nadie parecía advertir, salvo Alamán, a quien nadie hacía caso.

Los ingleses ocuparon el lugar de los españoles también en las minas, en el breve período de 1823 a 1827. Ocurrió entonces con las minas lo que más tarde ha ocurrido, durante la actual revolución, con las tierras; el español y el mexicano perseguidos se han visto obligados a vender, y como no hay nacionales en condiciones de comprar, el extranjero, cuyo gobierno se hace respetar mejor, es el que compra porque cuenta con el crédito y el apoyo necesarios. Las minas hubieran sido mexicanas con sólo no remover a los españoles, pues ya se sabe que el hijo del español es mexicano. En cambio, removido el español, las minas, fatalmente, tenían que caer en manos del inglés por un breve período, y, a la postre, como ha ocurrido, en manos del norteamericano. Y todo esto no es el resultado de un proceso económico, sino el fruto obligado del crimen que cometen los pueblos cuando excluyen del gobierno a los patriotas educados, como Alamán, y los reemplaza con ignorantes de buena fe como Guerrero, o con pícaros de plazuela, sin inteligencia ni honor, como Santa Anna. Pues es entonces cuando las organizaciones del país extranjero dominante, se aprovechan y se posesionan de la dirección de la política y de la economía.

Ya Alamán había advertido que el inglés se enriquece y se va y que sólo el español se enriquece y se queda. Y también Alamán observa que los "franceses hacen causa común con nosotros", según lo demostraron en la guerra con los Estados Unidos: "Con ardor abrazaron la causa mexicana, dice Alamán, y, además, su presencia entre nosotros, es benéfica porque practican y enseñan las profesiones y las artes mecánicas".

En los capítulos finales del quinto tomo de la historia de Alamán, se encuentran ya señalados todos los males de nuestra situación y previstos los desastres; sin duda por eso nadie cita esas páginas y si, al contrario, se envenena el alma de la juven-

tud con las mentiras, los juicios mediocres de tantos otros que pasan por guías del pensamiento nacional. Hasta contra la práctica de celebrar la Independencia en el aniversario del grito de Dolores, se subleva Alamán y con razones de educador verdadero, pues malo es que se exalte el motín como origen de la vida pública de un pueblo. El motín y la confusión de los propósitos, tal ha seguido siendo la índole de nuestras efemérides patrias. En la Argentina, por ejemplo, no se celebran noches de matanza, ni días de ahorcados y de incendios, sino la fecha en que la Junta de los patriotas, la Asamblea en que se discute, decretó la *Independencia*. Eso mismo se hace en los Estados Unidos. Se acostumbra así el ciudadano desde la infancia a venerar la razón y el poder emanado de la persuasión. De otro modo, ocurre lo que entre nosotros, que el grito, más o menos salvaje, es la suprema razón, el inicio y el fin de todas nuestras tristes ocurrencias patrióticas.

Haciendo un balance de las décadas que precedieron a la guerra con los Estados Unidos, nos enseña Alamán el estado próspero de la hacienda pública durante la Colonia y nos demuestra el derrumbe a partir de la entrada a México del Ejército Trigarante. Importaban las entradas públicas alrededor de veintitún millones de pesos, y de un golpe bajaron a diecinueve millones recurriéndose al empréstito forzoso para cubrir el déficit. Los gobiernos que siguieron al de Iturbide iniciaron la corruptela de los empréstitos colocados en el extranjero. En la Administración de Bustamante los ingresos volvieron a subir a 21.000.000 de pesos. Luego en el gobierno de Santa Anna, todo fué irregularidad y abuso, y ya para el año cincuenta y dos, la deuda exterior ascendía a treinta y dos millones de pesos, de los cuales el país había percibido apenas el cincuenta y uno por ciento.

"Todas las entradas del gobierno, dice Alamán, se han consumido desde la Independencia en sostener Congresos que no han sabido organizar el país y tropas que no han hecho sino combatir unas con otras, haciendo concebir la ilusión de que había un ejército con que defenderse de una invasión, la que con esa confianza no se temía y aun se provocaba".

Compárese el papel militar de los mexicanos que bajo la Colonia, como ya hemos visto, desembarcaban en el continente como

conquistadores en la Florida y en las Antillas, con el desairadísimo papel de la primera armada mexicana. El gobierno de Victoria compró unos barcos a Inglaterra y a los Estados Unidos y los puso bajo el mando de un norteamericano Potter, a fin de que fuesen a molestar el comercio de La Habana. Por fortuna, el Comodoro Potter, padrastro de nuestra infortunada marina nacional, pereció pronto a manos de la marina de España que otrora nos diera honra, también a nosotros.

“Una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, decía ya Alamán de nosotros, a mediados del diecinueve” ¿Quién osará hoy negar su dicho?

Cree Alamán que una de las causas principales del desastre es la pretensión de adaptarnos instituciones ajenas a nuestra índole, y más tarde Bulnes había de repetir la misma tesis. A mí me parece que no era posible ni pensable adaptarnos a otro sistema de gobierno que el republicano. Y no veo que los sistemas políticos de uso universal y que en Sudamérica han solido dar buenos resultados, pueden ser la causa de nuestro desastre. Al contrario, creo que el no habernos adaptado a los sistemas civilizados de gobierno, el habernos encaprichado en perpetuar regímenes de tribu como el de Iturbide, el de Santa Anna, el de Porfirio Díaz, el de Victoriano Huerta, el de Calles, tal es la causa de nuestro atraso y de nuestra vergüenza internacional.

El rebajamiento de la opinión pública a que estas tiranías salvajes conducen lo señalaba ya Alamán cuando dice:

“Continúan los escritores adormeciendo a la Nación con lisonjas, haciéndola desconocer su origen y presentándole por historia novelas en que disculpándose o disimulándose las malas acciones y aun ensalzándolas como buenas, se induce a volverlas a cometer”... “Considérase como mal ciudadano al que dice la verdad... abandónase el manejo de los negocios a manos ineptas e infieles, y el resultado es seguro. México sería sin duda un país de prosperidad, porque sus elementos naturales se lo proporcionan, *pero no lo será para las razas que ahora lo habitan*”... Y así como desaparecieron toltecas y aztecas, etc., etc., sus actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquellos merecieron de los españoles, y de la nación mexicana de nuestros días no quedará sino “la sombra

de un nombre en otro tiempo ilustre"... Tal decía Alamán en 1852. Hoy, en mil novecientos treinta y seis, tenemos a la vista un libro del judío Tanenbaum sobre el proceso agrario de los últimos veinte años de resolución seudosocialista.

Se desprende de los cuadros y gráficas y estadísticas del libro citado, que, la propiedad de la tierra, única que el mexicano había conservado hasta los últimos tiempos, ha pasado en un cuarenta por ciento a poder de extranjeros, sobre todo norteamericanos. Tal es el balance de la llamada revolución, pero hay algo peor, y es que con ella hemos perdido no sólo la tierra, también el decoro. Pues a ese judío que así se regodea con el resultado de las reformas agrarias, sugeridas por los sucesores de Poinsett, los agentes del procónsul Morrow, se le ha otorgado reconocimiento oficial por sus servicios revolucionarios, en forma de una medalla o condecoración... "del Aguila Azteca"... Como que estamos ya reducidos a menos que los aztecas.

¡Alamán! ¡Si algún día México empezara a existir, qué alto pondría tu nombre! Nadie ha sufrido con más conciencia las vicisitudes de nuestro destino. Y él es la mejor prueba de que no han faltado a México guías ni cerebros de primera capacidad, intenciones puras y valentía de carácter. Lo que pasa es que todo lo ahoga... el grito caníbal... la insolencia del cuartel que, a la postre, se rinde al pequeño banquero y al predicador protestante, los agentes del Procónsul establecido como Embajador del Imperio que ha reemplazado a España en el mando.

¡Pues tal es el destino de los pueblos que ignoran, calumnian, dan la espalda a sus profetas!

SANTA ANNA

Representa este hombre despreciable todos los vicios de la casta militar dedicada al gobierno y no a la defensa de la patria. Entró al servicio de las armas sin preparación técnica de ningún género. La protección de sus allegados le aseguró de golpe la posición de *cadete*. Y sus primeras armas las hizo como verdugo de sus connacionales, combatiendo la insurrección de Hidalgo.

En mil ochocientos once Santa Anna formó parte de la expedición de Arredondo que logró sofocar la primera intentona de Independencia de Texas, iniciada por un precursor de Zavala, un tal Gutiérrez de Lara, asociado a norteamericanos. Es ésta la única acción que puede abonarse a la carrera militar de Santa Anna que, por lo demás, figuró en ella como simple subteniente. De oficial realista estuvo al lado de Apodaca y mandó una guarnición por el Estado de Veracruz, la cual volteó, para secundar el Plan de Iguala. En seguida se dedicó a perseguir a sus antiguos camaradas, los realistas ya en derrota, con la misma saña con que antes batiera a los insurgentes en minoría. Al rendir parte de un asalto a Veracruz ocupado por los realistas; Santa Anna descubre su índole canalla, informando: que mandó, como general, cavó como zapador, trepó como granadero... Cosas como las últimas no debe hacerlas un general... pero, además, echa en cara a sus subalternos el fracaso al no haber podido ocupar a Veracruz. Ya era él, Santa Anna, toda la gloria; pronto este miserable sería toda la República.

De la traición a Iturbide contenida en el Plan de Casa Mata, Santa Anna sale investido de general, preparado para la serie de infamias que habrían de ensuciar la vida de la nación.

En carta de pública acusación dice de Santa Anna el Coronel Alvarez, iturbidista: "Abandonó usted a su familia, maltrató a sus hermanos y dejó de socorrer a sus parientes menesterosos . . . a la falsificación de una firma y al abuso que hizo de la confianza de su jefe debió su primer ascenso en la carrera militar".

Por su parte Echavarría, un rival, dice de Santa Anna: "No tiene amigos porque a todos fué ingrato; no tiene adictos porque a todos trató mal; no tiene patria porque ésta abomina al espurio que la vende a sus enemigos" . . . El mismo Santa Anna (que protestaba contra la tiranía de Iturbide), se ofreció mil veces al Emperador, espontáneamente "para destruir el Congreso en lo absoluto, con estrépito, con escándalo y aun con sangre". Son sus palabras.

Esto era Santa Anna antes de ser Presidente. Lo que de él se nos dice, parece anticipación y copia de lo que ha podido decirse de tantos otros presidentes de su tipo que entre nosotros se han perpetuado. A tal punto, que antecedentes parecidos han llegado a ser la condición de una posibilidad presidencial. No era, pues, Santa Anna, mejor ni peor que los demás generales; era un representativo. Y como más tarde diría, en un instante de lucidez, el propio traidor Zavala, enemigo de Santa Anna: "El mal de México no está en Santa Anna sino en el ejército. Así maten a Santa Anna, el ejército engendrará otros Santa Annas".

Hecho Presidente por la sublevación contra Bustamante y después de haber enarbolado la bandera federativa con Gómez Farias, Santa Anna se une a la revolución que contra él mismo se había iniciado y sigue de Presidente como centralista. Las persecuciones, los motines, el desorden administrativo, los préstamos forzosos, el derroche personal de toda clase de fondos, la apropiación descarada de caudales para hacerse de fincas y para pagar sus vicios de jugador y de enamorado, tales son los rasgos de lo que no dejan de llamar administración de Santa Anna. Tan inepto y holgazán era que dejaba en la Presidencia de encargado del despacho a un satélite cualquiera, entretanto él se dedicaba a sofocar sublevaciones en largas campañas dispendiosas, o a disfrutar de la compañía de sus barraganas. Una hacienda de Ve-

racruz, Manga de Clavo, se hizo, de esta suerte, el centro de la vida política nacional.

Los generales voraces, la burocracia hambrienta, lo esperaban todo del Dictador de hecho que era Santa Anna, y a falta de acciones heroicas que imputarle, le inventaban alabanzas cuya lectura da una idea de la abyección de la época. Un Congreso lo había nombrado Benemérito de la Patria porque derrotó la expedición de Barradas que de ningún modo pudo triunfar y en la cual murieron españoles y mexicanos, no extranjeros. La legislatura del Estado de México lo había nombrado Benemérito del Estado en grado heroico; el periódico "El Censor", de Veracruz, lo llamaba deidad humana. Toda la sociedad más distinguida lo apodó siempre Alteza Serenísima. Un pobre diablo Bocanegra, que hizo el Himno Nacional, ensució los labios de no sé cuántas generaciones de mexicanos, con aquello del "Guerrero Inmortal de Cempoala". El héroe era Santa Anna. Todo México llegó a ser Santa Anna. Y en estas condiciones de suprema vileza pública estalló la guerra de Texas. Seguiremos a Santa Anna en esta odisea bochornosa. Nuestro relato procurará quedar libre de ese disímulo que justamente condenaba Alamán.

LA GUERRA DE TEXAS

La nación norteamericana, gobernada por hombres del tipo Alamán, iba a tener su primer encuentro con el militarismo de los Santa Anna. Los colonos de Texas eran la avanzada del imperialismo yankee. Consistían en rancheros y agricultores, pero por jefes no traían hombres incultos. Cada uno de los que resultaran generales de la guerra de Texas era antes de la guerra un civil laborioso, y muchos de ellos, como Austin, como el mismo Houston, habían hecho cursos universitarios. Houston, concedor de la misión que estaba llamado a desempeñar como soldado, había empezado, como todos los grandes soldados, por ser un civil ilustrado. Los futuros capitanes de Texas leían a Homero y reverenciaban a Cortés. Houston imitaría a Cortés en sus métodos, ganándose la amistad de los indios cherokees. Ni el matrimonio con una india, hija de un cacique influyente, faltó para que la imitación fuese perfecta.

Por donde Santa Anna pasaba, florecía el abuso, enraizaba el descontento. Por donde Houston anduvo le nacían los amigos, le seguía la reputación de hombre disoluto en asuntos femeninos, pero leal amigo y considerado con el débil. Santa Anna era arrogante, y sin saber bien lo que había sido Napoleón, se sentía napoleónico. Houston se reía de Napoleón que acabó en el fracaso, y pensaba en Cortés el creador, Cortés el invencible. Santa Anna era un renegado. Houston ambicionaba para su raza la gloria de los españoles del siglo dieciséis. Detrás de Santa Anna había una chusma engalanada, ebria de abuso de autoridad y de alcohol, indisciplinada y cruel, ambiciosa de mando, sin saber para lo que sirve el mando. Detrás de Houston hay rancheros laboriosos. Santa Anna habla de la gloria cuando no conocía el honor. Sam Houston quería conquistar para su patria las tierras de Texas. Detrás de Houston estaba una nación organizada, firme, consciente de sus fines, poderosa en su desarrollo; detrás de Santa Anna estaba un país envilecido ya por el pretorianismo, empobrecido por el saqueo de las autoridades. Y no es verdad que México fuese el país físicamente más débil; en población era apenas menor; estaba más cerca del campo de la lucha y contó con efectivos más numerosos que los efectivos de Norteamérica. Lo que pasó es que no pueden enfrentarse pueblos de instituciones con pueblos militarizados, sin que la guerra la pierdan los militares.

La sublevación que encabezaría Houston no era una aventura; era el resultado de un plan bien madurado y de antiguo arraigo. Las bases jurídicas de la ocupación de Texas habían sido preparadas con la complicidad de los gobiernos ciegos de la República Mexicana.

Rippy en su libro "The United States and México" cita la carta que cierto mexicano Azcárate dirigió al Presidente Victoria denunciándole una conversación de Poinsett. En 1882, Poinsett había mostrado en el mapa los territorios que los Estados Unidos deseaban absorber: Texas, Nuevo México, la Alta California y porciones de Sonora y Coahuila. En los Estados Unidos cambiaban los gobiernos, pero no la política del Departamento de Estado. Al contrario, cada gobierno tenía orgullo de añadir su

esfuerzo a la obra de la expansión. En cambio, en México caía un Alamán para ser sustituido con traidores que veían con indiferencia el problema de Texas o no podían entenderlo o pensaban como han seguido pensando tantos, que después de todo, lo mejor era entregarse a un gobierno "liberal", como el de los Estados Unidos.

Tampoco los delegados del gobierno yankee cambiaban de programa. En 29 se retiró Poinsett aparentemente derrotado. Un tal Butler lo sustituye y lo primero que hace es hacer ratificar los tratados que Poinsett concertara. En esos tratados se aceptaban los límites de Texas definidos en el tratado español de 1819. *Se había aplazado la exigencia territorial a cambio de la cláusula de la nación más favorecida*, que, como hemos visto, nos cortaba de toda posibilidad de encontrar apoyo en el sur, nos separaba de las naciones hermanas del continente.

Lo único que había cambiado era el procedimiento. Ya no habría disputas sobre límites. La colonización estaba haciendo lo necesario para justificar el derecho posesorio. Los abusos del santanismo darían el pretexto. Los poseedores se declararían autónomos, en nombre de los derechos de la humanidad, ultrajados por la tropa santanista.

Pero no se precipitaron los texanos. Cuando Santa Anna disolvió la legislatura de Coahuila y Texas, la región quedó, junto con el resto del país, sin otra autoridad que la bota fuerte del soldado. Stephen Austin, a nombre de los colonos, se dirigió a la capital de México para pedir alguna suerte de garantía para el futuro. Con insolencia característica Santa Anna lo mandó poner preso. Con la prisión de Austin coincidió la llegada a Texas de Lorenzo de Zavala. Un mexicano iba a ser el inspirador aparente de la Independencia. El pretexto lo daría la disputa sobre el federalismo; los motivos ocultos de Zavala eran el odio personal a Santa Anna y los intereses que habían adquirido en Texas. El móvil verdadero, el mismo que traía en Nueva Orleans agitado a Gómez Farias: La iniciación de una lucha cívica que, con pretexto de principios, daría lugar a que los Estados Unidos se apoderasen de medio territorio y el resto lo gobernasen por medio de políticos mediatizados.

La presencia de Zavala y de otros mexicanos que, desesperados del régimen militar, se unieron a los norteamericanos para proclamar la Independencia de Texas e imponerla, sirvió a los Estados Unidos que, en tal virtud, realizaron su propósito de apoderarse de Texas, sin necesidad de una conquista directa. Como rebelión interior y protesta de los mexicanos de sangre y de ciudadanos mexicanos anglosajones, se presentó ante el mundo el caso de Texas. La ayuda prestada desde Washington no fué, por eso, menos eficaz. Armas en cantidad empezaron a llegar del norte y voluntarios de todo género, junto con jefes de capacidad. Pronto las escasas y mal atendidas guarniciones de tropa mexicana empezaron a ser atacadas y vencidas por los que creaban el nuevo estado texano.

Con lentitud se dió cuenta su Alteza Serenísima de lo que ocurría y su primera medida fué una baladronada ridícula, pero dicha con énfasis ante el Ministro de Francia (véase Haghnyghen. "Santa Anna"): "Si los americanos no se portan bien, marcharé a través de su país para poner la bandera mexicana en Washington".

En noviembre de 1835 Santa Anna se hallaba en San Luis organizando tropas a efecto de castigar a los texanos que "no soportaban la pérdida de derechos que el resto de la nación no había reclamado".

Con préstamos forzosos, porque toda la administración la tenía Santa Anna en quiebra, y con reclutas y mercenarios y criminales reunió unos seis mil hombres. Y mientras gastaba el escaso dinero en juergas, la tropa, desde el comienzo, quedó a media ración. Abundante de palabras ya que no de capacidad, comenzó Santa Anna a promulgar decretos risibles. La legión de Honor se llamó uno de los cuerpos quizá en homenaje a lo que más desconocía el caudillo, que, mandó hacer cruces de plata para las clases y de oro para los oficiales. Ascensos y medallas fueron así prodigadas antes de la pelea. Las cruces llevaban una leyenda: "Honor, Valor, País". Y a los altos jefes, la Gran Cruz les permitía usar doble banda sobre los hombros. En sus proclamas hablaba el Dictador de venganza contra los texanos, a los que llamaba "execrables aventureros". En Saltillo perdió

varias semanas para recoger el botín de los préstamos forzosos y para divertirse, jefes y oficiales, en francachelas.

Entretanto el general Cos, jefe de las operaciones en Texas, había sido derrotado y humillado, por los rebeldes. Se desquitó Santa Anna con más revistas de tropas por las ciudades pacíficas y con hacer frases y con el nepotismo que hizo a un cuñado suyo proveedor general del ejército, con el resultado de que las provisiones escasearon aun más porque todo el mundo robaba.

En el Bravo esperó Santa Anna que se le incorporara Cos con sus tropas derrotadas en San Antonio. Al ser puesto en libertad, después de rendido, Cos había prometido no hacer más armas contra los texanos. Santa Anna, que repartía medallas con la palabra "honor" obligó a Cos a violentar su palabra incorporándose a las tropas de Su Alteza.

Todo el territorio del Bravo a San Antonio era un desierto penoso de atravesar. Los pocos cultivos habían sido quemados para dejar sin pastura a los caballos. Se sugirió a Santa Anna que tomara el camino del río, pero no habiéndosele ocurrido a él la medida púsose furioso de que alguien le diera consejo y ordenó que se siguiera por el desierto. Al Coronel Mora, que dió la orden sensata de echar pie a tierra para dar descanso a los caballos hambrientos, lo quiso fusilar. Al llegar al río Medina, un sacerdote y un mexicano le informaron que en el Alamo estaban doscientos cincuenta rebeldes, pero que esa noche se divertían en un fandango y que sería fácil sorprenderlos. Dejó Santa Anna pasar la ocasión porque los carros de municiones venían a retaguardia. En realidad porque siempre le faltó el arrojo, como es usual en los que mucho blasonan de audacia.

El veintiséis de febrero entró Santa Anna con sus tropas a San Antonio, que encontró desierto porque los habitantes huían por miedo a los excesos de la tropa gobiernista. En el Alamo se habían encerrado 156 americanos. Tan poca aptitud para el mando tenían los jefes, que, ya sitiados los del Alamo, se les reunieron treinta y dos voluntarios, procedentes de González.

Para hacer un puente sobre el río, que es un riachuelo, no se le ocurrió al gran capitán mejor medida que echar abajo los techos de unas casas de mexicanos inmediatas al Alamo. En el allanamiento, uno de los oficiales, Castrillón, se encontró con una

señora respetable y su hija, una joven de extraordinaria belleza. Llevó Castrillón la noticia a Santa Anna que, en seguida, le pidió le llevara a la joven. Con gesto de dignidad Castrillón repuso que sólo obedecía "órdenes militares". Pero un Coronel Miñón no tuvo inconveniente en consumar el celestinaje. La madre de la joven expuso que sólo casada la entregaría y que era hija de un antiguo oficial del ejército mexicano, cuyo honor esperaba respetarian sus colegas. Entre Miñón y Santa Anna se discurrió entonces el plan abominable de fingir un matrimonio para cuyo efecto un tercer oficial se disfrazó de sacerdote. El falso matrimonio se consumó en el propio cuartel de Santa Anna.

Todo mientras seis mil hombres sitiaban a ciento sesenta, pero nadie advertía la acción amenazante, cautelosa de Samuel Houston. Se ordenó, por fin, el asalto, al toque salvaje de degüello. "Va a costar muchas vidas", le había advertido uno de sus oficiales a Santa Anna, sugiriendo que se esperase la llegada de unas piezas de artillería. A lo que su Excelencia respondió: "No importa lo que cueste". En vano hallará un curioso, en toda la historia, un general más bruto y más desdeñoso de la vida, la comodidad, el honor de sus soldados. Costó, en efecto, muchas vidas la toma del Alamo. Después de varios asaltos sangrientos entraron vencedores los nuestros al recinto de la antigua misión. En una de las salas estaba Travis herido y pidió hablar con Cos. Entró en eso el general Amador y reprendió al soldado porque no había matado a aquel hombre. Pero apareció al fin Cos y corrió a abrazar al prisionero. Explicó el general Cos cómo debía consideraciones a Travis cuando fué su prisionero y pidió que se le unieran sus colegas para reclamar el perdón de Travis y de Crockett. Cuando llegaron todos ante Santa Anna, éste se limitó a decir: Mátenlos. Delante de Santa Anna fueron ejecutados Travis y Crockett. En el instante en que las descargas los remataban, de un rincón del edificio salieron las balas de algunos desesperados que no habían sido desarmados. De inmediato su Alteza echó a correr buscando refugio entre los escombros.

Para vengarse de los cadáveres, su Excelencia mandó hacer una pira en la que ardieron todos. Almonte, menos imbécil que su jefe, exclamó: ¡Con otra victoria como ésta estamos perdidos! Más o menos quinientas bajas había costado el asalto y peor aun

sería el efecto de la crueldad en la victoria. En lo de adelante, la guerra se desarrollaría sin cuartel y sobre nosotros, los mexicanos, caería el castigo de tener como jefe de gobierno, a un sujeto indigno, despreciable como Santa Anna.

El delirio de sangre no abandonó a Santa Anna. Desde la casa de San Antonio donde despachaba, mandó decir a Houston que así como en el Alamo trataría a los que estaban bajo sus órdenes. Al general Urrea, que le comunicó haber capturado prisioneros en un combate con las pequeñas bandas que operaban por el río, no lo felicitó por su triunfo, sino que le reclamó "porque no había matado a los prisioneros".

Huichilobos había encarnado esta vez en un criollo; la sangre de España se había corrompido con los gallos, la lujuria, la envidia, la ambición, la deslealtad. Y pronto la victoria pasaría de las manos del nuevo Huichilobos, a las de Samuel Houston que, por su parte, venía imitando los métodos humanos de Hernán Cortés.

Se preguntan los historiadores norteamericanos el motivo de la crueldad innecesaria de Santa Anna, que todavía mandó ejecutar a Fanning y sus cuatrocientos hombres rendidos a Urrea, y la encuentran en el odio que Santa Anna tenía a los rebeldes porque eran americanos invasores bajo capa de colonos. Este odio no justificaría un tratamiento inhumano, pero, desgraciadamente, tampoco es esa la causa. Bastante complaciente habría de mostrarse Santa Anna, no sólo con los americanos de Texas, también con los de Washington. La verdadera causa es que los asesinatos colectivos eran práctica usual de guerra, en el ejército del cual Santa Anna no era sino un representante. Todavía más feroces que las de Santa Anna son las ejecuciones de Calles, de Amaro, y todas han sido consumadas en la persona de mexicanos.

Es natural, que un ejército en que los peores verdugos se conservan de jefes; un ejército en que los soldados temen a sus superiores y no los aman, haga temblar de terror a la población pacífica, pero no sea apto para la guerra con el extranjero. Así lo demostró la batalla de San Jacinto.

Por todas partes las fuerzas mexicanas parecían victoriosas. Los texanos se retiraban hacia la frontera de los Estados Unidos.

Houston, el comandante general de las tropas de la nueva República, se negaba a presentar combate. En tal forma que un destacamento de cuatrocientos hombres a las órdenes de Baker se separó del jefe y se dedicó a molestar a Santa Anna que, confiado en que la guerra había concluido, se dirigía con setecientos hombres a lo largo del río Brazos en busca de una salida para el Golfo, pues ya le urgía llegar a la capital de México para ser recibido como Napoleón, a causa de los ciento sesenta sacrificados en el Alamo. La gloria era para Santa Anna, sencilla como una excursión de paseo, aunque sangrienta como sacrificio azteca.

En Harrisburg creyó Santa Anna que iba a capturar a todo el gobierno de Texas encabezado por Burnet. Al desviarse de su curso hacia el Golfo para recoger, de paso, tan glorioso botín, Santa Anna halló a Harrisburg desierto. En cambio, supo que en el crucero de Gorse se hallaba Houston con ochocientos hombres. Esta noticia lo alarmó; imprudentemente se había retirado del grueso de sus fuerzas. Entonces, atemorizado, mandó órdenes a Cos para que se le juntara con sus tropas. Desde Harrisburg mandó también a Almonte a que explorara por la aldea de New Washington. Quizás allí habrían quedado algunos civiles del gobierno texano, presa fácil para su Alteza. Pero Almonte halló únicamente ciertas provisiones de guerra. Con el pretexto de recogerlas, fué hasta allá Santa Anna. En realidad, lo que buscaba era eludir el encuentro con Houston y embarcarse. Al efecto, se puso al habla con un armador alemán de la Bahía: No quedaba ya nada que hacer en Texas, según su Alteza. Se embarcaría para recoger los laureles del triunfo en la capital. Y de batir a Houston, el enemigo serio, se encargarían Cos y Castrillón, o Filisola. ¡A la gloria de su Alteza le bastaban las hecatombes de prisioneros de Alamo y de Goliad!

La Providencia a veces hace pagar a estas ratas humanas, sus pecados en vida. Unos cuantos barquillos texanos acertaron a pasar por la Bahía y quemaron el barco del alemán. Bloqueada la salida por mar ya no tuvo Santa Anna otro recurso que enfrentarse a Houston, que se acercaba en su busca.

En un prado de New Washington, rodeado de sus oficiales, recibió Santa Anna la noticia de que Houston se aproximaba.

Montó su caballo Santa Anna y a gritos, como poseído, atropellando mujeres y niños, corría exclamando: "¡Ya viene el enemigo, ya viene el enemigo!" No es difícil que este rasgo de locura persecutoria sea síntoma de una pérdida temporal del juicio que sobreviene en todos los que se han dedicado a matar gente desarmada, durante un período breve o corto. El remordimiento atormenta aun a los más cretinos. La sangre derramada emborracha peor que el alcohol. El miedo castiga a los asesinos.

En la ribera sur del río San Jacinto, se encontraron las tropas desmoralizadas de Santa Anna, con las de Texas. Empezó un cañoneo con la sola pieza que llevaba Santa Anna que fácilmente fué dominada por un par de cañones que traían los texanos. Se combatió esa tarde sin grandes resultados y en la noche acampó su Alteza en el peor sitio posible: Con los pantanos del San Jacinto a la espalda. Al día siguiente, cuando Houston vacilaba sobre sí debía atacar, llegaron de refuerzo a Santa Anna las tropas de Cos, en número de seiscientos hombres, lo que elevaba su efectivo a cerca de mil trescientos, en tanto que Houston sólo tenía ochocientos. Esta ventaja creó confianza en el ánimo del imprudente Santa Anna, y como los de Cos llegaron cansados, todo el mundo se echó a dormir la siesta, incluso Santa Anna que padecía la fatiga de los sustos de los últimos días. Mientras Santa Anna dormía, Houston reflexionó en que así como había llegado Cos, llegaría en una o dos jornadas Filisola con más de dos mil hombres de refuerzo, lo que equivaldría a la pérdida de todas las fuerzas yankees. Mandó, en consecuencia, Houston cortar el puente de Vence, único punto de comunicación de Santa Anna con el sur, y que, sin embargo, no supo guarnecer. Y a las tres y media de la tarde comenzó el ataque de ochocientos contra mil trescientos, al grito de "Acuérdense del Alamo".

En silencio, sin disparar, avanzaron los hombres de Houston. La sorpresa fué decisiva; en el campamento mexicano casi todos dormían. Al sonar la alarma todo fué confusión. Los hombres de Houston mataban a su gusto. Santa Anna "se puso a correr de un lado a otro", gritó algunas órdenes y, por fin, tomando su caballo "huyó hacia Bayou". Castrillón murió combatiendo y Almonte procuró restablecer el orden, sólo para salvar a sus solda-

dos de la carnicería, pues reuniéndolos en grupo, gestionó la rendición. Entre los que pretendieron huir por un arroyo, se consumió la venganza de los texanos que los mataban al grito de "Acuérdate del Alamo".

En poco más de una hora, Houston, herido de una pierna, pudo pasar revista de los sucesos. Había perdido tres hombres y dieciocho de los suyos estaban heridos. De los mexicanos había cuatrocientos muertos y setecientos treinta prisioneros.

¿Qué había pasado con su Alteza Serenísima? El relato de Haghnyghen, tomado de documentos fehacientes y concordados, nos lo dice: Deshaciéndose de caballo y asistente, se alejó a pie sin saber el rumbo, hasta un rancho abandonado. Se quitó allí el uniforme de "Generalísimo" y se vistió camisa azul y pantalón blanco. Al día siguiente, perdido por el campo, topó con una patrulla texana que llevaba órdenes de no matar a los prófugos. Al ver a los soldados enemigos, Santa Anna "se echó en tierra tapándose la cara con un cobertor". A puntapiés lo hicieron levantar, y entonces, tomando la mano de uno de los soldados que lo aprehendían, "la besó humildemente". Fácil le hubiera sido pasar por uno de tantos y acaso escapar, pero la codicia lo perdió: lo registraron y le hallaron un reloj valioso y dinero, lo que hizo sospechar a los soldados que se trataba de persona importante. Preguntó Santa Anna por Houston, y a su campamento lo llevaron sus captores. "Miserable, débil, lloroso y quejándose de fuertes dolores en piernas y brazos, Santa Anna fué reconocido al pasar por frente a la estacada que encerraba a los prisioneros, los que se pusieron a gritar: El Presidente... el Presidente..."

Al llegar frente a Houston, Santa Anna se irguió para decir que debía sentirse Houston honrado de haber vencido al Napoleón del Oeste. Houston, dolido de sus heridas y nada inclinado a los mexicanos, parece que le respondió en los mismos términos que Cambrone en Waterloo.

Había, sin embargo, interés en aprovecharse de la felonía de Santa Anna, y alguien le ofreció asiento. Pidió en seguida Santa Anna clemencia, y Houston le contestó: "Que él no la había tenido en el Alamo". Respondió Santa Anna que había procedido conforme a los usos de la guerra, y Houston replicó "que los usos

de la guerra no excluyen el sentimiento de humanidad para con los vencidos". No tuvo el valor de callarse la mala lengua Santa Anna, sino que culpó al gobierno de México de que le había dado instrucciones para no hacer prisioneros.

Houston, implacable, le contestó que "un Dictador no recibe órdenes de nadie". Uno de los generales texanos quería fusilar a Santa Anna. Su muerte la exigían también los amigos de las víctimas del Alamo y de Goliad. Pero Houston sabía más que sus subordinados. La vida de Santa Anna era preciosa, por lo mismo que era la vida de un felón. Pronto lo comprobó así el mismo Houston al obtener de Santa Anna que firmase la orden para que Filisola evacuase a Texas con todas sus tropas. Un prisionero que conoce el honor se deja descuartizar antes que firmar órdenes. Pero Santa Anna las formuló y, lo que es peor, Filisola, cuya honra corría pareja con la de su jefe, las obedeció. Y como Rusk insistiese acerca del origen de las órdenes de fusilamiento en el Alamo, Santa Anna no tuvo inconveniente en echarle la culpa a Urrea, agregando que él no había tenido conocimiento. Rusk, entonces, se burló de él y lo acobardó con amenazas.

En realidad, aun retirado ya Filisola, Santa Anna estaba seguro. Más aún, pronto llegaron órdenes de que se le enviase al Norte. En Washington lo necesitaban. Un Santa Anna era precioso para los yankees en vísperas de la guerra que preparaban contra México; y para mejor usarlo, convenía su rehabilitación. Santa Anna era útil a Washington en la Presidencia de México y mandando los ejércitos de México. Media docena de combates como el de San Jacinto harían a los Estados Unidos, dueños de nuestro país. Lo que parece inconcebible es que este plan del Presidente Jackson se llevara adelante sin que faltase un detalle. Poco después Santa Anna, descalificado por la orden de retirada a Filisola que equivalía a mandar a un ejército siendo prisionero del enemigo, fué rehabilitado. Llegó la segunda etapa de lo de Texas, y como por hilo invisible, Santa Anna tornó a ser Alteza y volvió a perder todas las batallas de la guerra. Se cuenta que al pasar Santa Anna por entre los oficiales yankees, que lo veían con odio, para defenderse hacía el signo masónico que le daba

parentescos con el yankee, por encima de sus compromisos como mexicano.

Ninguna bellaquería fué extraña al carácter de Santa Anna. Los supervivientes de Goliad exigían que el secretario de Santa Anna, Caro, le informase sobre el origen de las órdenes de fusilamiento de prisioneros. Caro, a pesar de las amenazas, se mantuvo en silencio leal. Poco después Santa Anna calumnió a este pobre servidor, su secretario, acusándolo de que "le había robado un par de mancuernillas de diamantes".

Para que se juzgue hasta dónde llegaba la absoluta falta de sentido del honor militar en este Generalísimo, se transcriben las palabras con que él mismo juzga el más vergonzoso de sus actos, la orden de retirada que comunicó a Filisola: "En la posición crítica en que me encontraba, dice refiriéndose a la exigencia aludida, esta proposición fué como rayo de luz para un pobre viajero perdido en noche tempestuosa". Para él no había más que el pobre viajero que era él; la patria y sus deberes no existían. Pero hay algo peor que Santa Anna, y es la época que lo admiró, lo mimó, lo tuvo de representativo.

Con toda astucia Santa Anna era mantenido en cautiverio. A cambio de cualquier comodidad, buena cama, ofrecía jirones de territorio nacional. Actuando como Presidente de México, discutía los límites de la República texana que acababa de reconocer también como prisionero. Prometía indemnizaciones para los muertos de la guerra.

En su cautiverio hablaba Santa Anna a toda hora. Su derrota, decía, era la culpa de *un ciego destino*, pues sólo la víspera *él había estado a punto de vencer a Houston*. Cada vez que firmaba una transacción vergonzosa como las ya citadas, alegaba primero que no tenía autoridad para hacerlas, pero a la postre firmaba. De sus colegas generales hablaba con desprecio. Elogiaba a las mujeres, pero por su voluptuosidad. Y cada mañana, dice el cronista, mandaba preguntar que *cómo seguía la herida del general Houston*. Entre las estipulaciones que firmó Santa Anna estuvo la de *no hacer armas contra los texanos en el futuro*.

Después de hacerlo firmar todo lo que se le puso delante, fué embarcado Santa Anna en el "Invencible", que debía conducirlo

a Veracruz. El Presidente Burnet autorizó la partida, pero luego cambió las órdenes por exigencias de la tropa. Hubo que bajar del barco a Santa Anna, que clamaba piedad, piedad, y pedía que lo mataran a bordo; se detenía para tomar opio y con el labio caído, imploraba. Al acercarse a la costa se asustó más porque vió una multitud que se imaginó iba a lincharlo. Entonces Green, su captor, burlándose de que Santa Anna quiso echarse al agua de miedo, tomando una bandera texana la puso en sus manos y le dijo: "Enséñela a la plebe, usted que es el Napoleón del Oeste; haga ondear esa bandera". Lo que hizo Santa Anna con el brazo tembloroso. Se le trasladó a un campamento donde siguió prisionero y donde era visitado por Burnet y por Houston. A todos ofrecía corresponderles sus favores cuando estuviera otra vez de *Presidente de México*.

Y llegó Stephen Austin. Regresaba a Washington y sugirió que Santa Anna escribiera al Presidente Jackson, a fin de que mediase en las cuestiones pendientes entre la nueva República de Texas y México. También llevó a Santa Anna recados de Poinsett. Se merecía su suerte, afirmaba Poinsett, porque había cambiado el sistema de la República Federal como lo quería Poinsett a centralista.

La respuesta de Jackson fué, en la apariencia, desoladora. No podía intervenir porque la República de Texas no estaba aún reconocida. Además, de México le hacían saber que no se reconocerían los actos de Santa Anna como Presidente cautivo. Se volvió a hablar de fusilar a Santa Anna y, en efecto, nos hubiera hecho un gran servicio Patton, como jefe de los enemigos del Dictador, si logra su objeto, que era, según dijo: "evitar que volviese a quedar suelto sobre el mundo tal aborto del infierno". Prevalció, sin embargo, la decisión de reservarnos a Santa Anna, de devolvérselo, como Presidente... ¿Qué mejor Presidente desde el punto de vista de Washington para lo que se preparaba en seguida?

Por decisión directa de Houston, Santa Anna fué enviado a conferenciar con el Presidente Jackson. Salió para Washington en diligencia y debidamente escoltado, el 25 de noviembre de 1836.